

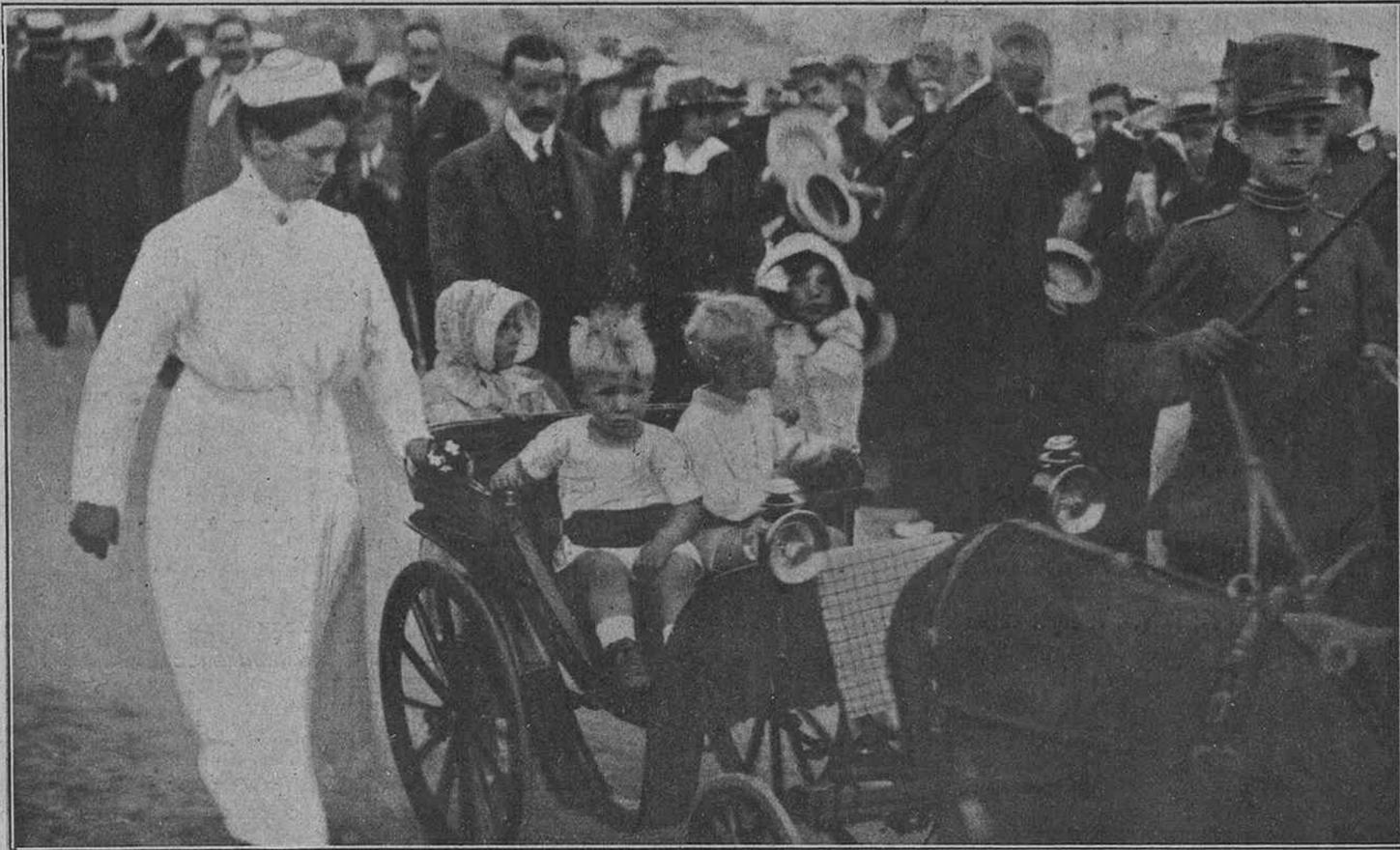
La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 14 DE AGOSTO DE 1916 →

NÚM. 1.807

EL VERANEO DE LA FAMILIA REAL EN SANTANDER. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



SS. AA. los Infantes D.^{na} Beatriz, D.^{na} Cristina, D. Gonzalo y D. Juan saliendo de presenciar una partida de polo



S. M. el Rey (x) y sus acompañantes durante un descanso en la cacería de osos realizada en los montes de Saja

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN, Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLS PERFORADOS STANDARD. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis.**
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



..... pero no te apures niña,
que esa raya me asegura
que tendrás gracia y belleza
mientras uses **PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

Antigüedades : Muebles

G. HOMAR

Lámparas : Decoración

— Canuda, 4.—**BARCELONA**—



VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES

DE
Pinillos, Izquierdo y C.^a
S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

— FLOTA DE LA COMPAÑÍA —

Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

47.075 toneladas Morson de registro total

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO para PUERTO RICO y HABANA por el nuevo y lujoso vapor correo de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provisto de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

INFANTA ISABEL

Servicio rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON.

LINEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO MENSUAL RÁPIDO Y DIRECTO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

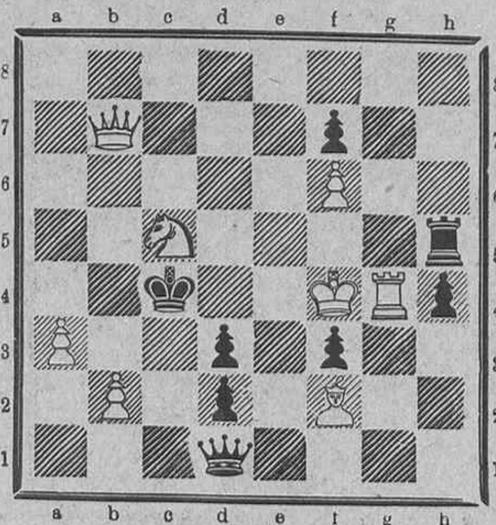
Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 691, POR L. N. DE JONG

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 690, POR P. F. BLAKE

1. T d 2 - c 2.

BALNEARIO TRIUS

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

NO MAS VELLO

POLVOS COSMETICOS de FRANCH



DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES A PRIMA FIJA Representada en toda España

LA CATALANA

DOMICILIO SOCIAL: Rambla de Cataluña, 15, y Cortes, 624 — **BARCELONA**

CAPITAL SOCIAL

Subscrito. . . . 5.000.000 de pesetas
Desembolsado. 1.500.000

Autorizado por la Comisaria General e Inspección de Seguros en 26 de Junio de 1909

La Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 14 DE AGOSTO DE 1916

NÚM. 1.807

BARCELONA - GALERÍAS LAYETANAS



VENDEDOR DE NARANJAS, cuadro al pastel de A. Mas y Fondevila

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Marta, la que siempre esperó*, por Jacinto M. Mustieles. — *La guerra europea*. — *Santander. Regatas de monjes patronados por señoras*. — *Barcelona. Los chalets de la Cooperativa de Periodistas*. — *Amores verbeneros* (novela ilustrada; continuación). — *Buenos Aires. Fiestas del Centenario de la Independencia de la República Argentina*, por R. Monner Sans. — *Valencia. Batalla de flores*. — *La restauración del castillo de Píera*.

Grabados. — *El señor de naranjas; En oración*, cuadros al pastel de A. Mas y Fondevila. — Dibujo de C. Vázquez, que ilustra *Marta, la que siempre esperó*. — *La Crucifixión*, escultura de Gilbert Ledward. — *La guerra europea*. — *Retratos de las Srtas. Rosita Coll y Conchita Ponce de León*, pintados por J. M. Recoder. — *Labrando el campo*, cuadro de R. Wheelwright. — *Notas gráficas de actualidad de Santander, Barcelona, Buenos Aires y Valencia*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un escritor que acaba de desaparecer sin ruido, como desaparecen todos ahora, en su patria, y merece que nos formemos idea de su personalidad. No encuentro un estudio especial de él entre mis libros, porque es mucho más difícil recoger juicios y datos acerca de lo reciente, y esto no se creará, aunque, como todo fenómeno, tenga su natural y plausible explicación.

No sé pues de Remy de Gourmont sino lo que de sus numerosas obras he leído, y algo que de palabra me dijeron algunos compatriotas suyos. Me refirieron que era un espíritu ulcerado y lleno de amargura, y este estado de su alma se debía a la extraña fealdad y deformidad de su cuerpo, que le impulsaba a ocultarse y a huir del trato humano. No obstante, se creía que el amor, en forma muy ideal y platónica, le dominaba, y que una bella, elegante y fastuosa dama americana era para él (dentro de los límites de la mayor honestidad), lo que fué para Leconte de Lisle la que él llamaba «rosa viviente, flor de Louveciennes». Hay que reconocer que es un lindo dato biográfico y que sugiere hasta poesía sentimental. ¡Esmeralda y Cuasimodo!

Las huellas de estos sentimientos, quisiera descubrir las en los escritos del crítico del *Mercurio de Francia*; pero me temo que el mismo pudor que le llevaba a exhibir lo menos posible un semblante calificado de monstruoso, le llevaría también a aislar su vida de sus obras.

Sin embargo, él mismo lo dice: la crítica es el más subjetivo de todos los géneros literarios: es una confesión perpetua; creyendo analizar las obras ajenas, nos descubrimos a nosotros mismos, nos exponemos al público. Fundo en esto mi esperanza de ver, al través de las páginas del crítico, el alma enferma del hombre.

Y la entreveo en un estudio sobre *Nietzsche y el amor*, inserto en los *Paseos literarios*. Nietzsche (a quien Gourmont niega conocimiento del asunto), asegura que, en las mujeres, el pudor está en razón directa de la belleza. Y Gourmont entiende, al contrario, que lo que puede aumentar el pudor es el convencimiento de una imperfección física. Tiene de fijo razón. Además, esta punzante idea de la imperfección física se explica en él; respira por la herida, involuntariamente.

Probablemente del mismo origen, de la ulceración moral, dimanan ciertos acerbos desahogos, como el artículo titulado *Los amores de Chopin y Jorge Sand*. Jamás hubiese escrito cosa semejante el sagaz Lemaitre; se lo hubiese vedado su buen gusto. Diatribas de ese jaez están fuera de la crítica estética, literaria y hasta psicológica, y entran en los dominios del libelo. Cuando se desborda así la vejiga de la hiel, es síntoma de la profunda úlcera de que he hablado. Y aquí la úlcera puede tener dos causas: el amor propio sexual, y el amor propio literario.

El amor propio sexual lastimado, se descubre generalmente en el tono con el cual habla Gourmont de la mujer, de los libros escritos por mujeres, de cuanto con la mujer se relaciona. En vez de prestar atención a lo que pueden significar, literaria y artísticamente, esos libros, todo se le vuelve interpretar, con insistente malevolencia, el dato del sexo. La mujer debe ser así; la mujer no puede ser así; la mujer, ante todo, debe mostrarse mujer... Y en efecto, cabe que la mujer atestigüe su sexo en una obra maestra, y recordemos las *Moradas* de Santa Teresa y los *Cantos* de Safo. Es decir, que el amor y el misticismo inspiran a la mujer, en cuanto mujer. Mas no por eso creo yo que deja de ser mujer si elige otros temas para su labor literaria. Ni entiendo tampoco que, para juzgar la labor literaria de una mujer, haya que estar pensando, con insistencia de idea fija, en que se viste por la cabeza. Si San Juan de la Cruz hubiese sido mujer, se diría que era la rival de Santa Teresa; y he ahí dos grandes escritores de distin-

to sexo, que han seguido la misma corriente, sin asombro de nadie.

Dado su modo de ser, Gourmont es antifeminista. Lo es con el antifeminismo quizás más peligroso: el que afecta reconocer a la mujer inmensa importancia — pero, ¡cuidado, dentro de su papel de mujer, eh!, no olvidarse —. «La sociedad — dice — está construida para la mujer; la mujer es la piedra angular. Por lo mismo, decae cada vez que abandona su oficio de mujer, para imitar a los hombres.»

No siendo Gourmont ni sociólogo ni jurista, no se le ocurre demostrar con razón alguna la afirmación de que la sociedad está construida para la mujer, la cual es su piedra angular. Si eso fuese cierto, las leyes y las costumbres serían favorables a la mujer, — y de eso andamos a cien leguas —. No sólo las leyes y las costumbres no son favorables a la mujer, sino que le son muy adversas y nocivas, justamente en aquello mismo que se relaciona con las funciones de su sexo. La severidad, la reprobación, la infamia caen sobre la mujer, al menor desliz. El hombre tiene en cambio la libertad más absoluta. A eso llama Gourmont «sociedad construida para la mujer».

También le sería difícil probar otro aforismo que sienta: que el hombre puede vivir en la abstracción, y la mujer no. A pesar del apoyo que trata de encontrar en Nietzsche, me gustaría que Gourmont mostrase cómo y por qué puede el hombre vivir en la abstracción y a la mujer le es imposible. Ante todo, ¿qué se entiende aquí por abstracción? Si es la posibilidad de abrazar ideales, defenderlos, morir por ellos, la mujer lo ha hecho bastantes veces.

Es tan burdo en esta cuestión el pensar de Gourmont, que cree que una mujer a quien agradase o convenciese la filosofía de Nietzsche, dejaría muy pronto los libros para ir hacia el filósofo. Verdad es que inmediatamente reconoce que los hombres hacen lo mismo; cuando leen algo que les interesa, quieren conocer al autor. ¿Estamos? Este asunto de la mujer tiene el don de inspirar lugares comunes y alambicamientos. Y sería mucho más sencillo partir de la base de que no hay mujer, sino mujeres, tan diversas entre sí como lo son los hombres, y que por esta diversidad inmensa, aumentada con las diversidades de clima, nacionalidad, etc., todo cuanto de la mujer se afirme genéricamente, será de fijo una bobería inefable.

Los que no aceptan que mujeres y hombres son la humanidad, y que la humanidad tiene derechos que son comunes a sus dos géneros, no acertarán nunca. Y probablemente Gourmont sabía que no acertaba; pero su úlcera le impulsaba al libelismo, al desdén, a los sentimientos poco generosos que transpiran en sus artículos acerca de mujeres, por ejemplo, el ya citado de Jorge Sand, y el dedicado a Luisa Colet, que no habiendo tenido, y él lo dice, gran importancia como escritora, no debiera sufrir como mujer un examen tan despiadado. Es la anécdota galante, disfrazada de literatura.

Sin duda lo que acabo de escribir acerca de Rémy de Gourmont, es sólo sin duda un aspecto de su obra. Y aun es un aspecto incompleto, pues se ve que le ha preocupado bastante esta cuestión del amor y de las mujeres, y le ha dedicado libros que no tengo a mano, y que necesito seguramente conocer. Tales son los titulados *Dante, Beatriz y la poesía amorosa*, y los tres volúmenes de los *Epílogos*, y la *Física del amor*. Rémy de Gourmont ha escrito bastante: hay que reconocerle el don de interesar a sus lectores, trate la materia que trate; su labor no es para despreciada. En la novela, sin embargo, puede decirse que fracasó, no consiguiendo destacarse entre sus contemporáneos. Ni *Los caballos de Diomedes* ni *Una noche en el Luxemburgo* ni otras narraciones le abrirán las puertas de la inmortalidad.

Hay pues que incluir a Rémy de Gourmont en la clasificación de los críticos con tendencia filosófica. Esta tendencia, la labor de la crítica retrospectiva, no es, conviene decirlo, lo mejor en él. Lo más educador, es la parte observada de la realidad, los estudios y observaciones sobre gente de su tiempo. Tales son los muy interesantes sobre Huysmans, uno de los escritores acerca de los cuales se han hecho menos revelaciones íntimas, porque él era de suyo misterioso, y se diría que la sombra de su *Catedral* le envuelve el alma.

Yo comí en París con Huysmans, en casa de un amigo común. Era el año de 1886 ó 7 — de esto no estoy muy segura —. Huysmans, entonces, no era sino el novelista naturalista, pero no cabía en la escuela, y alrededor de esa fecha anda la famosa novela titulada *Al revés*. Recuerdo que hablaba poco, comía dengosamente, y tomó, antes de la sopa, de dos frasquitos de medicina. Le clasificué entre los

de mal estómago. El estómago ejerce casi mayor acción que el cerebro sobre la producción literaria.

Desde luego, la enfermedad del estómago es engendradora de melancolía. Huysmans no era un melancólico a la manera de los románticos, y tampoco era un desesperado como ciertos poetas que han andado al borde del abismo del suicidio. Pero la desesperación de Huysmans es de otro género, y no por eso menos amarga. Es la del réprobo, que está convencido de la existencia de Dios. Porque, el mismo Gourmont lo afirma, Huysmans conservó siempre un resto de fe, y al final de su vida la recobró por completo. No se trataba de una farsa, ni de un reclamo literario: la llamada conversión del autor de *La Catedral* fué sincera.

Al leer lo que cuenta de Huysmans su antiguo inseparable, Remy de Gourmont, pienso que acaso no existe en el mundo cosa más evitable que las amistades literarias. No es Huysmans sólo; es frecuentísimo el caso de que los amigos, los que dicen admirar a un escritor, sean los que le ponen de vuelta y media, y más si pueden suponer que el escritor les hace un poco de sombra. La envidia se convierte en detracción, y la detracción en calumnia. ¡Triste espectáculo! Gourmont refiere que Huysmans escribía hoy un billete de caluroso entusiasmo a una literata de renombre, y la víspera había estado calificándola de «camarera de cervicería», sin el menor motivo, pues es una señora formal. Y todo, como por juego, como arañan los gatos,

Gourmont, que refiere estos desahogos de sobre-mesa de Huysmans, ha practicado mucho un sistema que encierra también alta dosis de injusticia. Para combatir las reputaciones hechas ya, se empeña en descubrir otras que están naciendo, y que habrán de ser flores de un día. Y hace desfilar a los Quillard, los Renard, los Dumur, los Corbière, los Kahn, los Dujardin, los Mazel, nombres oscuros, que no dejarán de serlo. El uno ha contribuido a fundar el *Mercurio de Francia*; el otro ha escrito un soneto a la calavera de su antigua querida; el de más allá, unos estudios sobre el misticismo moderno; y cátales codeándose con Mauricio Barrés, Pablo Verlaine y Mauricio Maetterlinck.

Es lo más característico de la literatura, que sean muchos los llamados y pocos, muy pocos, los escogidos. Y en el arte de escoger está la profunda diferencia entre el crítico y el mero cronista literario. Gourmont, muchas veces, no pasa de la segunda categoría.

Se me dirá que un hombre de la altura de Sainte Beuve hizo lo mismo, y pagó tributo a los secundarios. Y hasta que a veces hubo en ello sus miasmas de perfidia, porque Sainte Beuve tuvo poco de bonachón. Mientras viven los grandes escritores, se les puede molestar con el elogio y comparación con los secundarios, y sólo la posteridad ejerce el alta justicia. Pero Sainte Beuve no sé cómo se las componía, que tenía arte para escoger los secundarios a quienes consagraba una mención excesiva probablemente; y en esos secundarios, el interés de que careciese la figura, lo adquiría por las circunstancias especiales que se reunían en ella. Así, por ejemplo, en el *Diario de Oliverio Lefevre de Ormesson*, no hay méritos literarios, no hay atractivo, pero hay, el mismo Sainte Beuve nos lo dice, «utilidad para los que se ocupan de una rama de la historia, en un período dado del siglo XVII».

Y no son tampoco tantos los secundarios a quienes Sainte Beuve ha otorgado el honor de un artículo especial, aunque sean muchos los que ha nombrado como de paso, lo cual no tiene nada de sorprendente. En literatura, la clasificación es necesaria para la crítica, y no hay cosa más funesta a la educación del gusto, que la confusión de los nombres realmente dignos de persistir en la memoria de las generaciones con los que inevitablemente tienen que olvidar.

Es tanto lo que se ha escrito; y lo que se ha impreso, que no habrá medio de evitar la selección que se impone. El barrido para fuera de los tiempos venideros será formidable. Y, ya entre los más contemporáneos, ¿no veis como se esfuman tantos y tantos nombres que un momento parecían destinados a la gloria?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

MARTA, LA QUE SIEMPRE ESPERÓ, POR JACINTO M. MUSTIELES, dibujo de Carlos Vázquez



Y el pequeño se agarró a las faldas de tía Marta riendo la broma...

Marta era blanca y tuvo unos cabellos del color de las espigas; tuvo unos cabellos largos y rizados; tuvo unos cabellos que fueron envidia de las mozas y acicate del amor de su novio — porque Marta tuvo un novio, tal vez le tenía aún...

Fué el novio de Marta galán de nombradía. Lenguas se hicieron las comadres de la villa de la apos-

tura y la majeza del mancebo, como lenguas hicieron en tertulias de eruditos en comentarios de cuanto el tal valía. Y a fe que poco no era, de ser justa la fama y el renombre merecido. Renombre y fama que corrióse hasta las trastiendas de las botillerías, donde en más de una noche probó la fuerza de su puño y la largueza de su bolsa.

Como dagas crueles o como esencia de rosas llegaban frases y frases hasta el corazón de Marta, avivándole en su amor hacia el mozo de la historia, amor que siguió inmutable a través de los años; porque cuenta, amigo, que esto se acaecía cuando Marta tenía los cabellos del color de las espigas, y hoy los cabellos de Marta son blancos como la luna,

blancos como la plata, blancos como el jazmín.

Ni hubo oposición ni hubo desavenencias. Prendóse Marta de la miel de aquel hablar que en las veladas de reja entrábale por los oídos alma adentro, adueñándose más y más de ella, que hubiérase dicho en embriaguez de nardos o en bebedizo de brujas. Prendóse él de los cabellos aquellos del color de las espigas, y en asentimiento de todos crecieron los amores; que todos hallaron justo que galán de su rumbo gustase de tan bella moza, y justo que moza de su clase gustase de galán tan renombrado.

Fué la bondad de su alma grande imponiendo la prórroga; la bondad de Marta que se impuso al amor. Y fué en la reja, en aquella reja propicia donde firmaban la postdata al festejo de cada día; en aquella reja para donde reservaba ella lo serio que hubiera de decir cuando los chismorreos de las amigas la encendían en celos; la reja para donde reservaba él la miel de sus mejores ternuras y el ardor de sus más firmes juramentos; porque dentro, en el comedor ya decorado en tonos graves; ante el padre enfermo, que continuamente se removía en su butaca, suspirando al removerse; entre aquellos diablillos lindos, hermanitos de ella, que subíanse a las piernas o le pedían dibujos de trenes y de caballos; ante la criada que entraba y salía con más frecuencia de la precisa, para observar con el rabillo del ojo, maliciosamente, a la pareja, no eran posibles esas importantes confidencias que los novios han de hacerse cada día y que acaban pidiendo siempre una respuesta que suele ser un «mucho», un «más que tú» o un «toda la vida».

Fué cuando él, en arranque de ilusión, le habló de boda próxima. Marta escuchó la sucesión de pinturas del color de las rosas que su novio le hacía, asomando a los labios su corazón de mozo. Y escuchó sonriendo, con su sonrisa de alba. Y cuando él, descontando la respuesta, pidió la permisión para un hurto que a ella le hiciera cerrar los ojos, tímida y ruborosa, y a él se los encendiera de pasión y de ansia, Marta dijo su decisión..., y la dijo friamente, serenamente, con la serenidad y la frialdad de las decisiones irrevocables.

Marta había de cumplir primero sus deberes de hija.

— Déjame ser buena hija y ya seré después esposa buena. Piensa lo que sería del pobre viejo si yo, en egoísmo de amor, le abandonara enfermo...

Y luego de conseguida la promesa del mozo de esperar, luego de otro «mucho» y otro «toda mi vida», la buena Marta volvió al lado del viejo enfermo para acostarse. Y cuando el viejo enfermo, en la excitación de su dolencia, por renegar de todo renegaba de aquellas manecitas blancas y suaves que le curaban, Marta halló una sonrisa de celestial refinamiento, sabiendo lo injustísimo de las quejas, mayor aquella noche.

Siguiéronse las noches y los meses y los años. Siguiéronse las vueltas del mundo y los acaecimientos de la vida. El viejo enfermo murió una tarde agarrado a las manecitas blancas y suaves que lucharon por curarle. Y Marta, llorando mucho, sentía en sus adentros una voccecita que le amortiguaba la pena, y sentía en sus hombros unas cabecitas que lloraban con ella. Y era la voz de su deber cumplido y eran las cabecitas de sus hermanos los diablillos lindos. Diablillos lindos, diablillos queridos que a su vez se impusieron al amor de la buena Marta, haciéndole decir al galán de rumbo y nombradía:

— Espera más... Ya que cumplí como buena hija, deja que cumpla como buena hermana. Piensa lo que

sería de estas criaturas si las abandonase mi egoísmo.

Acaeció todo esto, como digo antes, cuando Marta tenía los cabellos del color de las espigas. Pero la tierra, que había de dar muchas vueltas para que los lindos diablillos no necesitaran de la buena Mar

— Estaos quietos, hijos míos, estaos quietos, que escribo a Juanón y si no sois buenos se lo diré para que venga a regañaros...

Y no ellos, que no eran aun versados en tan altas cosas, pero sí sus padres, los que se impusieron al amor de la buena Marta cuando eran, como ellos, diablillos lindos, sentían al oír una pena muy honda y un cariño mayor a la pobre madrecita, que entonces se volvía a ellos y los consolaba...

— ¿Por mí? ¿Os entristezco yo? ¡Pero si soy tan feliz! Por mí marchó Juanón y por mí volverá un día para coronar la felicidad. Ahora le escribo y le cuento cómo sois hombres y cómo vuestros hijos semejan a los pequeños que él dejó a mi cuidado..., y cómo yo le espero con toda la fe de mi amor invariable. ¡Pobre Juanón! Sabe Dios sus trabajos y sus amarguras en aquellas tierras lejanas y sabe Dios por qué no vuelve y por qué no escribe. Yo ya le espero pronto y estos menudos le querrán como nosotros. Porque vosotros, ¿sabéis?, sois un poco débiles y conviene a estos pequeños el carácter enérgico de Juanón, aquel tan apuesto, tan varonil y... tan galán...

¿Era el mar que sentía fruición en tragar las cartas de la buena Marta para sepultarlas? ¿Era la muerte, que había secado la mano de Juanón para no contestarlas? ¿Era el olvido, que había cerrado los ojos del que marchó, siendo galán de apostura y nombradía, para no leerlas? Ello era que las cartas de la buena Marta no se contestaban nunca, aunque Marta seguía escribiéndolas con aquella fe que dijo de su amor invariable.

Había fiesta, fiesta en la casa y fiesta en el corazón de los de la casa. Uno de aquellos diablillos lindos, el mayor, había se hecho mocita y el Señor la había bendecido consintiéndole la gloria de la primera Comunión. La buena Marta había cuidado los detalles y la había vestido como a una muñeca.

— ¡Qué linda estás! ¡Qué linda con tu traje blanco, tus flores blancas, tu velo blanco! Novia pareces, muchacha..., y novia eres..., novia del Señor, que hoy te bendecirá...

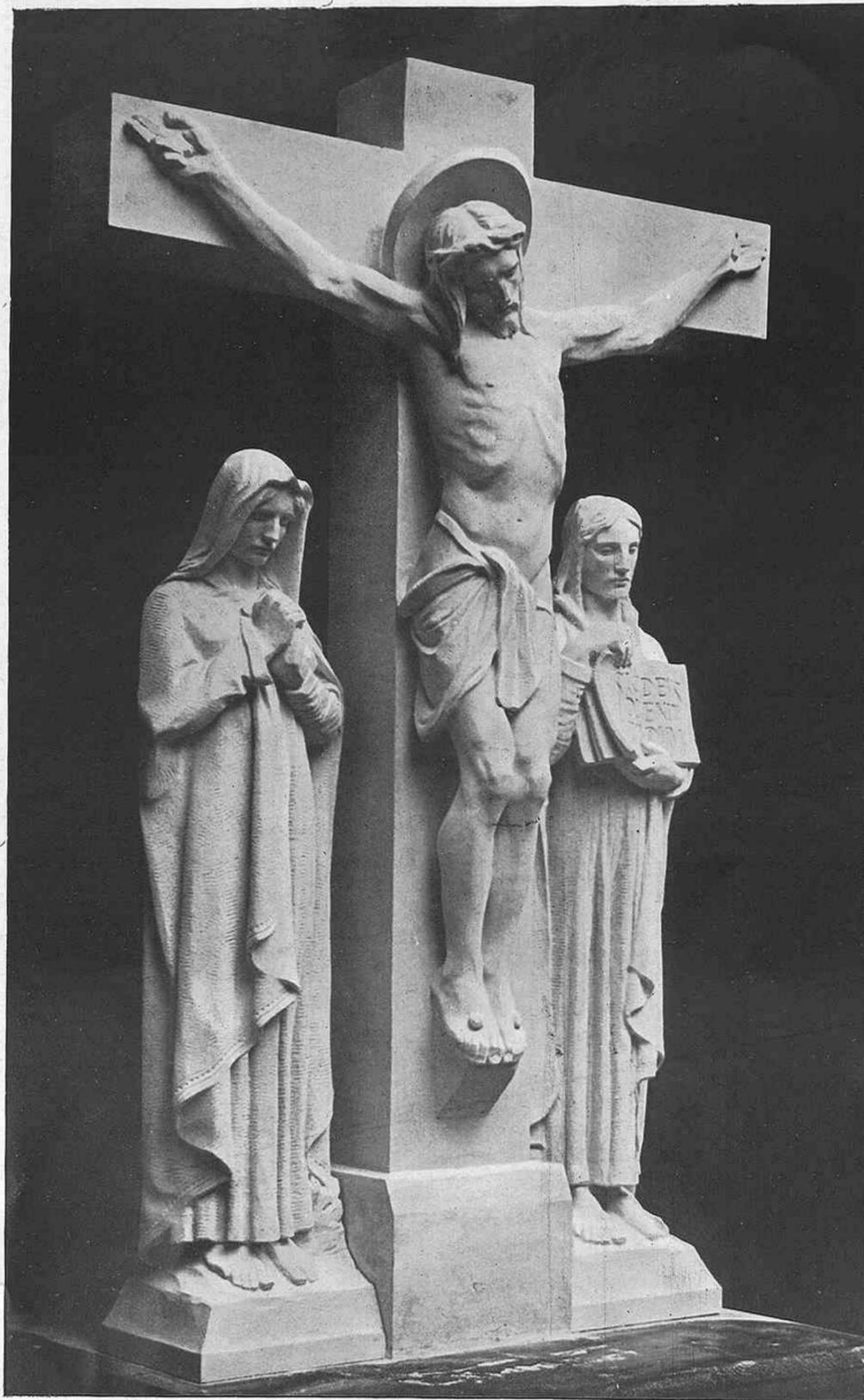
Y luego, pasadas las horas de dulce emoción, Marta escribía a Juanón una de aquellas cartas que no podría leer o no querría contestar o el mar había de tragarse, y le contaba la comunión de la nena con los detalles de madrecita. Y le repetía al acabar: «... tal como tu Marta el día que vengas por ella, con el velo blanco, el traje blanco, las flores blancas... Y yo, que siempre te espero, he de decirte cómo ansio verme así...»

Y después rió, rió mucho, en una mueca incomprensible de la boca desplegada y los ojos húmedos. Rió porque se había puesto sobre la cabeza el velo blanco y sobre el pecho las flores blancas..., y se había visto al espejo con las manos descarnadas, los ojos hundidos, la boca desdentada y los cabellos blancos como la plata... Y cuando hubiera querido llorar oyó:

— Tía Marta..., ¿qué haces?

— Es que... para cuando viniera el pequeño... quería hacerle reír...

Y el pequeño se agarró a las faldas de tía Marta riendo la broma, riendo la burda facha de la tía vieja... Y ella también rió. Rió, mientras el pequeño se divertía jugando con el velo y con las flores blancas como sus cabellos, blancos como la luna, blancos como la plata, blancos como los jazmines..., blancos como la fe.

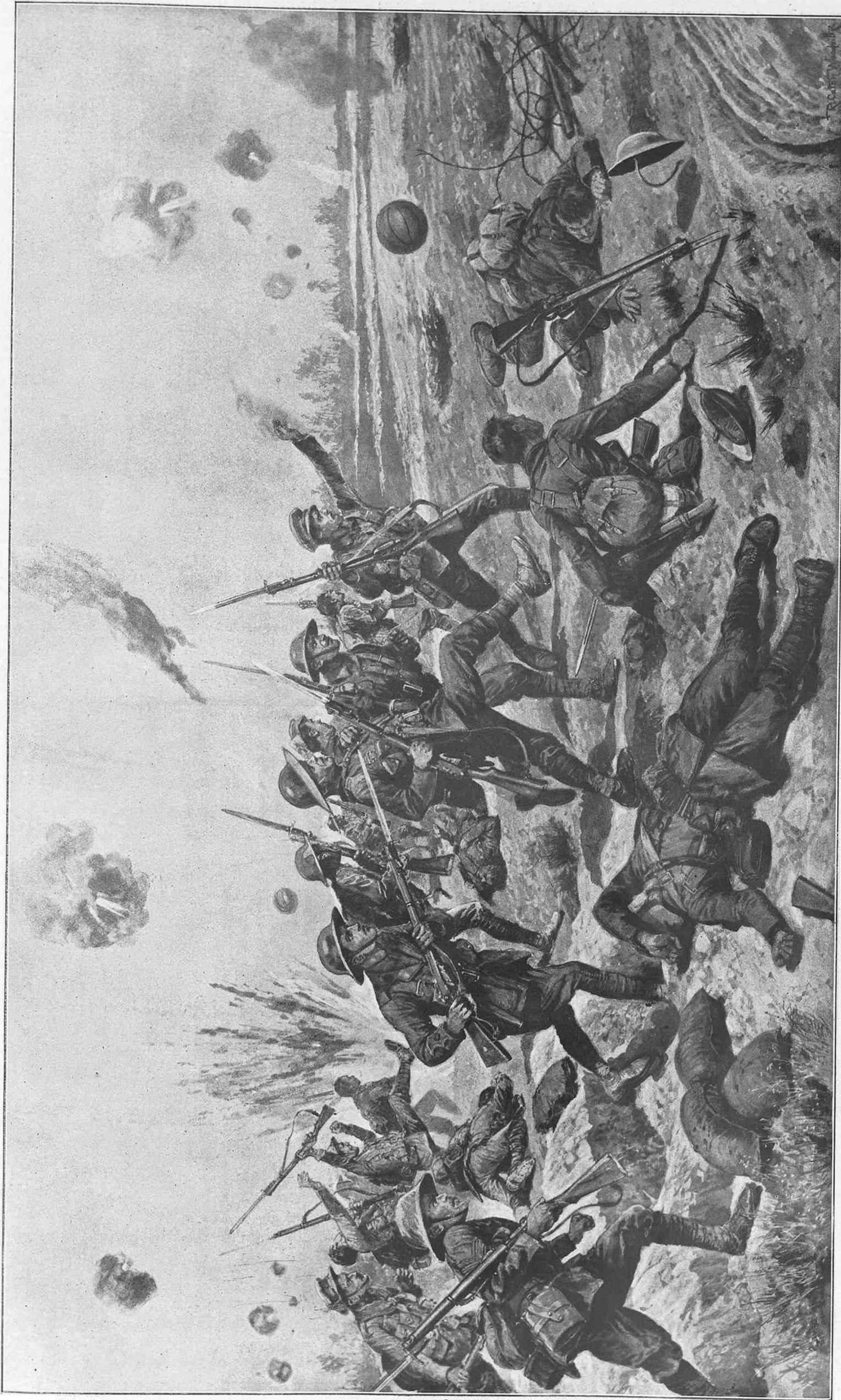


La Crucifixión, escultura de Gilbert Ledward

ta, para la buena Marta dávalas también, y así fueron apagándole la luz de los ojos de esperanza, y quitándole tersura de las mejillas sedenas, y aclarándole los cabellos rizados y largos...

Habían crecido los diablillos lindos; fueron primero zagales buenos y estudiosos, obedientes a la voz de la Marta madrecita y tímidos a la amenaza de «¡Que vendrá Juanón!» Juanón..., el Juanón que ellos sabían novio de la buena Marta, que marchó a tierras de América para acrecentar su hacienda, y que un día había de volver a por la buena Marta, que siempre esperaba. Y los obedientes zagales crecieron con el temor y el respeto tan platónico y crecieron hasta ser hombres, hasta que requirieron amores, indagaron compañera y aumentaron la familia con esposas amantes y con hijos de bendición, hijos de ellos, otros diablillos lindos que vinieron a ocupar la ternura y los cuidados de la buena Marta, regañándoles con su mimo de madrecita y haciéndoles dóciles a la amenaza «¡Que vendrá Juanón!»

¿Qué pensaban los lindos diablillos del terrible Juanón? ¡Oh, no pensaban nada! Sabían de él que fué mozo de nombradía, de apostura y de majeza. Sabían que era novio de tía Marta, que pasaba buenas horas escribiendo, y si ellos iban a distraerla con sus picardías, la encontraban llorando y les decía con todo su enorme caudal de ternura:



Soldados del regimiento East Súrrey avanzando en carrera futbolista y bajo un fuego terrible hacia las trincheras alemanas en Contalmaison

Un corresponsal de la Agencia Réuter refiere en los siguientes términos el interesante episodio que el célebre artista R. Catón Woodwille ha dibujado sobre datos proporcionados por un oficial que tomó parte en la acción: «El capitán de una compañía de un batallón del Regimiento «East Súrrey» dió un balón a cada una de las cuatro secciones para que entre sí corrieran en competencia empujándolas hacia las trincheras durante los dos kilómetros de terreno que hasta ellas tenían que atravesar. Formadas las secciones al salir de sus trincheras para el ataque, los respectivos comandantes dieron el primer puntapié a los balones, y comenzó la carrera

hacia la muerte. El bravo capitán fué de los primeros en caer, y le siguieron muchos soldados, barridos por el rápido fuego de las ametralladoras teutonas. A pesar de esto, los balones eran continuamente impelidos, entre gritos de emulación y coraje, hasta que por fin desaparecieron entre el denso humo que de las bocas de fuego teutonas se elevaba. Cuando las bombas y bayonetas hubieron realizado su obra, y el enemigo había sido desalojado, los soldados buscaron sus balones y sólo recobraron dos, que serán guardados en el Museo del Regimiento como trofeos memorables.»

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Los ingleses han adelantado sus avanzadas al Norte de Bazentin-le-Petit, rechazando varios ataques y haciendo algunos progresos en las trincheras enemigas al Este de dicha población; al Norte de Pozieres y en un frente de 2.000 yardas, han tomado el principal sistema de la segunda línea alemana, adelantando en dos días unas 400 ó 600 yardas en un frente de 3.000 y rechazando repetidos contraataques, a consecuencia de los cuales han perdido parte del terreno conquistado; han avanzado también algo al Oeste de Pozieres, en dirección de Martinpuich; han rechazado ataques contra el bosque de Delville y contra las trincheras últimamente tomadas al Oeste de Foureaux; y han consolidado todas sus nuevas posiciones.

Los franceses, en la región del Somme, han rechazado ataques en el bosque de Hem y en la granja de Monacu, tomando una obra fortificada entre ambos puntos; se han apoderado de una trinchera entre Estrées y Belloy-en-Santerre; han avanzado en las trincheras alemanas al Sudoeste de Estrées; y han rechazado contraataques contra la trinchera conquistada al Noroeste de Denicourt.

En la región de Verdún, en la orilla derecha del Mosa, han rechazado ataques contra las posiciones al Oeste y al Sur del fuerte de Thiaumont y contra el frente Vaux-Chapitre Le Chenois, si bien perdiendo algún terreno en este último sitio; han tomado por segunda vez el fuerte de Thiaumont, ensanchando sensiblemente el terreno conquistado al Noroeste del mismo y rechazando los contraataques alemanes; han avanza-

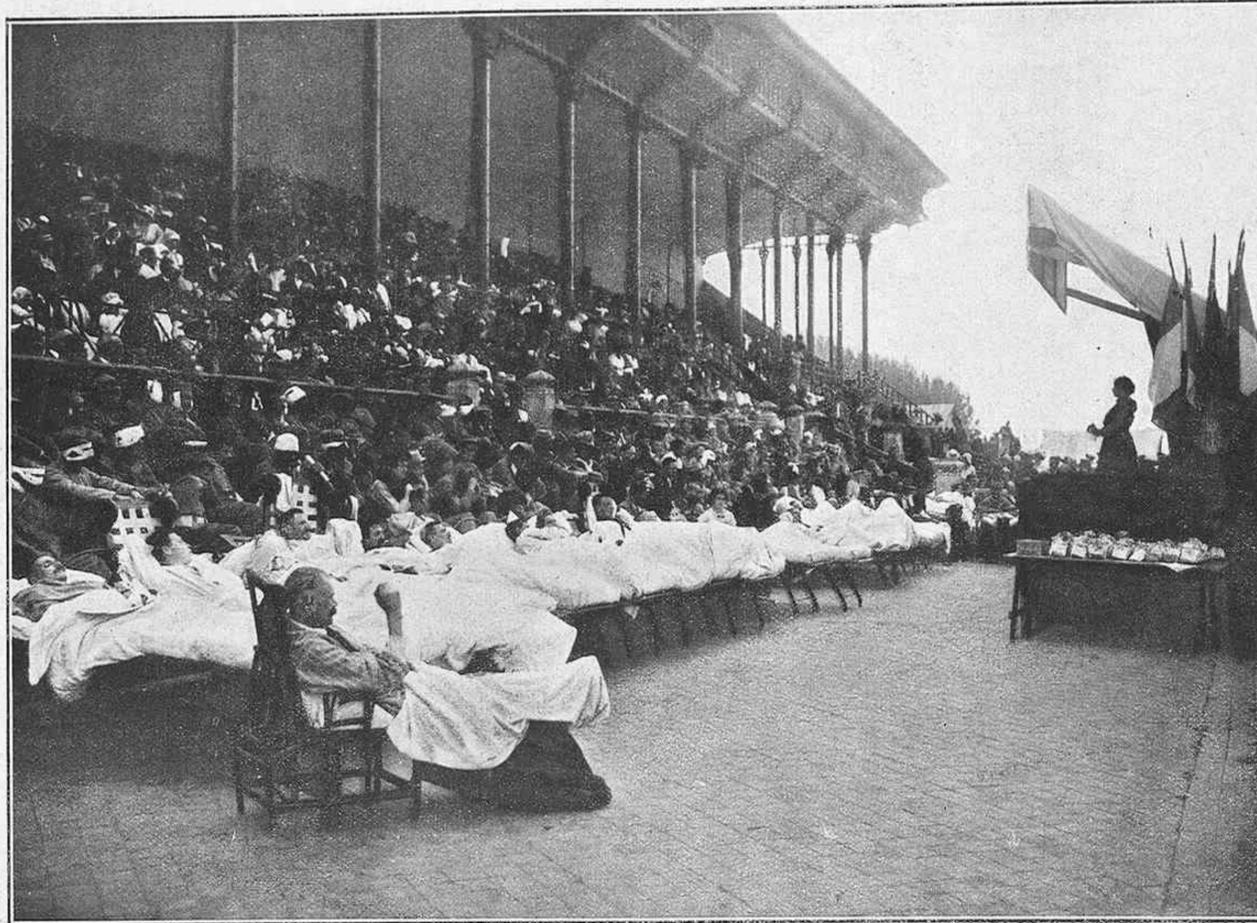
do en la región al Sudoeste de Fleury, ocupando totalmente este pueblo, parte del cual recuperaron luego los alemanes; y han tomado todas las trincheras entre Thiaumont y Fleury hasta el Sudeste de aquel fuerte, y los alrededores de la altura 320. En la orilla izquierda de aquel río, han rechazado ata-

penetrado en un estrecho frente al Oeste del mismo, entre Pozieres y Longueval, al Norte de Ovillers, al Sudeste de Guilleumont y en el bosque de Foureaux. En el frente francés del Somme, han rechazado ataques en la región de Maurepás y en la granja de Monacu, no pudiendo, sin embargo, impedir que el enemigo penetrase en dicha granja y en una trinchera al Norte de la misma. En la región de Verúin, han rechazado ataques en el sector Thiaumont-Fleury y en el bosque de Lau-fée; han destruído las posiciones francesas al Norte de Fleury en una extensión de 200 metros; han perdido y recuperado este pueblo; han progresado al Noroeste y al Oeste de la obra de Thiaumont; han ocupado una altura al Noroeste del fuerte de Souville; y han hecho nuevos progresos en el bosque de Le Chapitre. Confiesan que los franceses han logrado penetrar en las líneas al Oeste de la altura de Poivre y al Sudoeste de Fleury, y en los elementos de trincheras del bosquecillo de Lau-fée que habían perdido.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han rechazado ataques en la región de Smorgon; han avanzado a orillas del Stochod, rechazando ataques al Oeste del mismo; hacia Brody han llegado hasta los ríos Graberka y Sereth; se han apoderado de dos aldeas al Sudoeste de este último; y después de haber rechazado varios ataques en las cercanías de Rudka-Mirinska, que forma un saliente en las posi-

ciones de Stochod, han tenido que abandonar aquel pueblo, replegándose unos 500 ó 600 pasos más al Este.

Los austroalemanes han rechazado ataques al Noroeste de Postavy, contra las posiciones del lago Spiagla, al Sudoeste de Baranovitchi, al Oeste de Goroditsche, al Sur de Ostrow



Concierto al aire libre en el Hospital Canadiense instalado en Saint-Cloud, en las inmediaciones de París. (Fotografía de Rol.)

ques contra las pendientes del Noroeste de la altura 304. Los alemanes han rechazado ataques de los ingleses en el sector Iprés-Armentieres, a ambos lados de la carretera Bapaume-Albert, al Oeste del bosque de Trones, en el bosque de Foureaux, de donde han expulsado al enemigo que había



La ofensiva francoinglesa en el Somme. En el frente inglés. — Ambulancia de la Cruz Roja recogiendo heridos en una aldea conquistada a los alemanes y que ha sido destruída por la acción de la artillería. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



La ofensiva francoinglesa. — Artillería pesada francesa dirigiéndose a la línea de combate
(De fotografía de Carlos Trampus.)

en la línea del ferrocarril Sarny-Kovel, al Oeste de Logischin, al Sudoeste de Pinsk, a ambos lados del lago Novel, al Oeste de Brody, al Sur de Stobychva, entre esta población y Berezteczko, en la curva del Stochod (al Nordeste del ferrocarril Kovel-Rovno), en el bajo Stochod, al Nordeste de Zalozze, en el Strypa, al Sudoeste de Buczacz, al Noroeste de Kolomea y al Este de Kirlibaba; han hecho fracasar las tentativas de los rusos de cruzar el Duna cerca de Dweten; en las inmediaciones de Kaszovka, al Norte de Luzk, después de haber rechazado varias tentativas de avance, se han retirado a la curva del Stochod; han impedido el avance del enemigo al Oeste y al Noroeste de Luzk, en ambos lados del ferrocarril Sarny-Kovel, desalojando por completo a los rusos de sus posiciones al Sur del mismo; han expulsado a los rusos de las dunas que aun ocupaban al Sur de Zarecze, en el Stochod; han ganado algún terreno en los Cárpatos; y han sostenido algunos combates favorables al Oeste del Moldava superior, en el sector del Czarny-Czeremosk. Reconocen los partes austroalemanes que los rusos han franqueado en algunos puntos los obstáculos del Sereth y que en Zaloczze han ganado la orilla Oeste de dicho río.

Italianos y austriacos. — Los italianos han rechazado ataques contra las posiciones de Castione y Zugna, en el valle del Adigio; contra las nuevas posiciones en el valle de Trevogno; contra las del pequeño valle Caldiera y las del monte Reso,

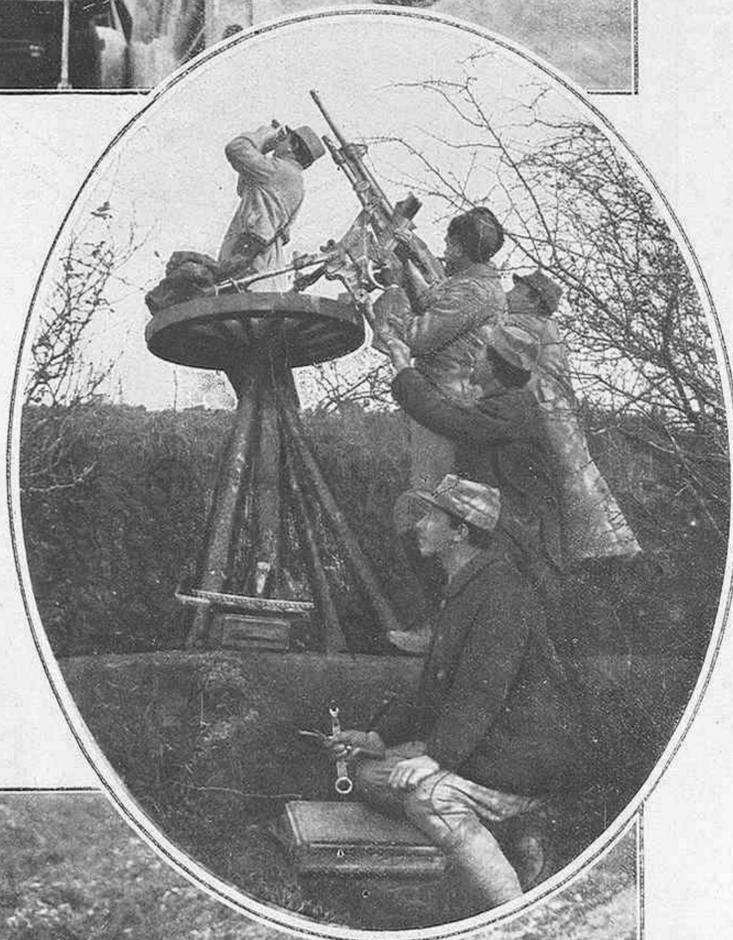
en la línea del Posina; en el valle Sugana, en el alto Cordevole, contra el monte Cimone, contra el monte Seluggio, contra las posiciones al Sudoeste de Castelletto (Sette Comuni), y contra las nuevas posiciones de Forcella, en la zona Toffana; y han realizado nuevos progresos en el valle de Travenanzes.

Los austriacos han rechazado ataques en los Dolomitas, en las alturas de Paneveggio y en los sectores del monte Seibusi y de la altura de Monfalcone.

En los Balcanes. — Los serbios han rechazado a los búlgaros que ocupaban las alturas de Kovil, se han apoderado del pueblo de Borsko y han progresado al Norte de Pozar y Strupino.

Los búlgaros han rechazado ataques serbios en el frente de Bakova-Sborske, al Norte de la aldea de Pozar y en las posiciones al Sur de Bitoly.

La guerra naval. — En el Adriático han sido hundidos por torpederos austriacos un submarino italiano y otro de nacionalidad desconocida; además ha sido apresado y conducido a Pola el submarino, italiano también, *Giacinto Pulino*.



La ofensiva francoinglesa. — Poste de observación y ametralladora contra aeroplanos en las líneas inglesas. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.) — Distribución de municiones entre las tropas inglesas que se dirigen a la línea de batalla. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Barcelona. Salón Parés. - Retratos de las Srtas. Rosita Coll y Conchita Ponce de León, pintados por J. M. Recoder

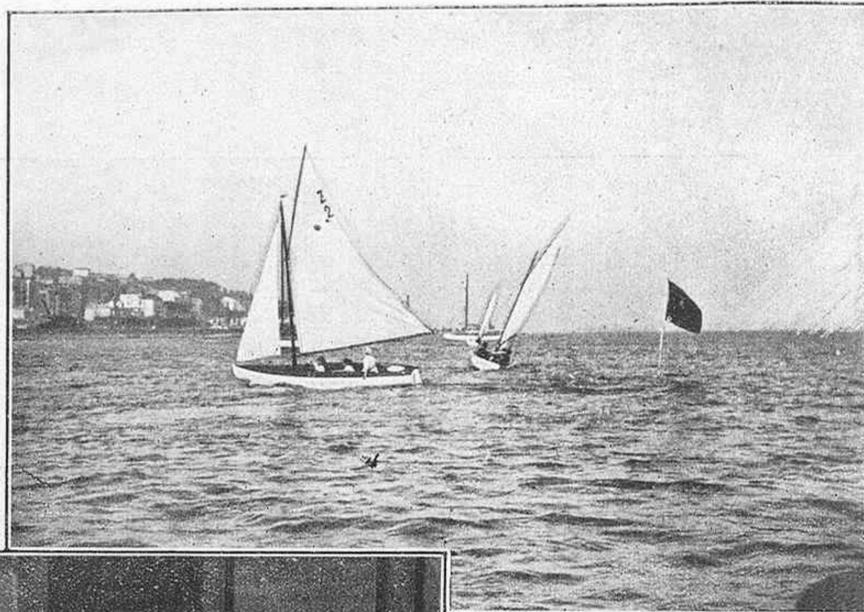
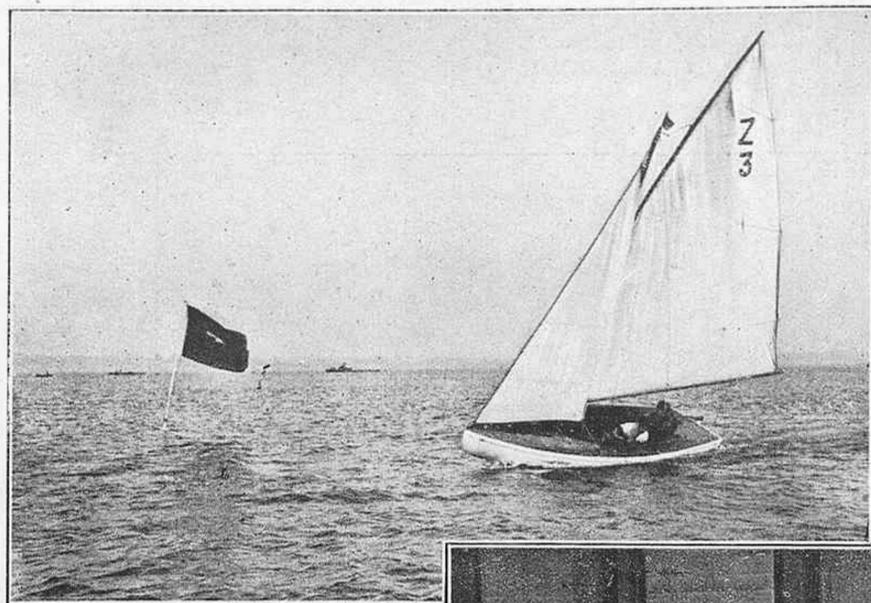


Barcelona. Galerías Layetanas. - En oración, cuadro al pastel de Arcadio Mas y Fondevila. (De fotografías de F. Serra.)

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA



LABRANDO EL CAMPO, cuadro de R. Wheelwright. (De fotografía de Cooper y Humpreys.)



Santander. Regatas de monotipos patroneados por señoritas. - El yate *Mosquito*, patroneado por la señorita Elena Gayé y tripulado por don Miguel y D. Clemente López Dóriga, que llegó en primer lugar.

SANTANDER. - REGATAS DE MONOTIPOS PATRONEADOS POR SEÑORITAS.

Con gran animación se han celebrado en Santander las regatas de balandros patroneados por señoritas. Tomaron parte en ellas los yates siguientes:

Cántabro, patroneado por la señorita María Herrera, a quien acompañaban, como tripulantes, el señor Blanc y un profesional.

Chiqui, patroneado por la señorita Lucrecia Agüero y tripulado por su hermano D. José y por D. Manuel Araluce.

Mosquito, patroneado por la señorita Elena Gayé y tripulado por D. Miguel y D. Clemente López Dóriga.

Zas, patroneado por la señorita Teresa Breñosa y tripulado por D. Antonio Cabrero y un profesional.

Con fuerte viento Nordeste se hizo la segunda prueba de la regata, a pesar de lo cual las maniobras se ejecutaron con gran precisión sin que ocurriera ningún accidente desagradable. Sólo el yate *Zas* tuvo una pequeña avería que le obligó a retirarse.

Los demás yates llegaron por el siguiente orden: *Mosquito*, *Chiqui* y *Cántabro*.

La regata, que resultó muy interesante, fué presenciada por numeroso público.

Los balandristas y las señoritas que formaron el Jurado fueron luego obsequiados en el Club de Regatas.



Señoritas que tomaron parte en las regatas y formaron el Jurado

El yate *Chiqui*, patroneado por la señorita Lucrecia Agüero y tripulado por D. José Agüero y D. Manuel Araluce. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

nes de numerosas corporaciones y entidades, y otras muchas personalidades distinguidas.

En una tribuna levantada a expensas del Ayuntamiento y lujosa y artísticamente adornada, efectuóse la ceremonia oficial, que fué presidida por el capitán general, teniendo a su derecha al gobernador civil y al alcalde, y a su izquierda al señor Foronda y al Dr. Bruguera.

Después de la lectura de las adhesiones recibidas, el secretario de la Cooperativa Sr. García Anné leyó una bien escrita memoria bosquejando la actuación de aquella entidad, enalteciendo el acto de desprendimiento del Sr. Foronda y dedicando entusiastas elogios al Fomento de la Propiedad y a cuantos han prestado su concurso a la obra de la Cooperativa.

El Sr. Foronda hizo entrega de las llaves del chalet por él costeadado, pronunciando sentidas frases en honor de los periodistas.

El general Alfau, el Sr. Bono, presidente de la Cooperativa, el gobernador civil y el alcalde pronunciaron discursos ensalzando el desprendimiento del Sr. Foronda y dedicando elogios a la prensa.

Terminó la ceremonia firmando las autoridades un acta y recorriendo los chalets que han sido construidos por el Fomento de la Propiedad, según los planos y bajo la dirección del arquitecto Sr. Fossas, y que reúnen las necesarias condiciones de elegancia, comodidad e higiene.

El chalet regalado por el Sr. Foronda ha correspondido al Sr. Rovira y Virgili, y los otros tres a los Sres. Alfonso, Bono y Noguer y Tomet.

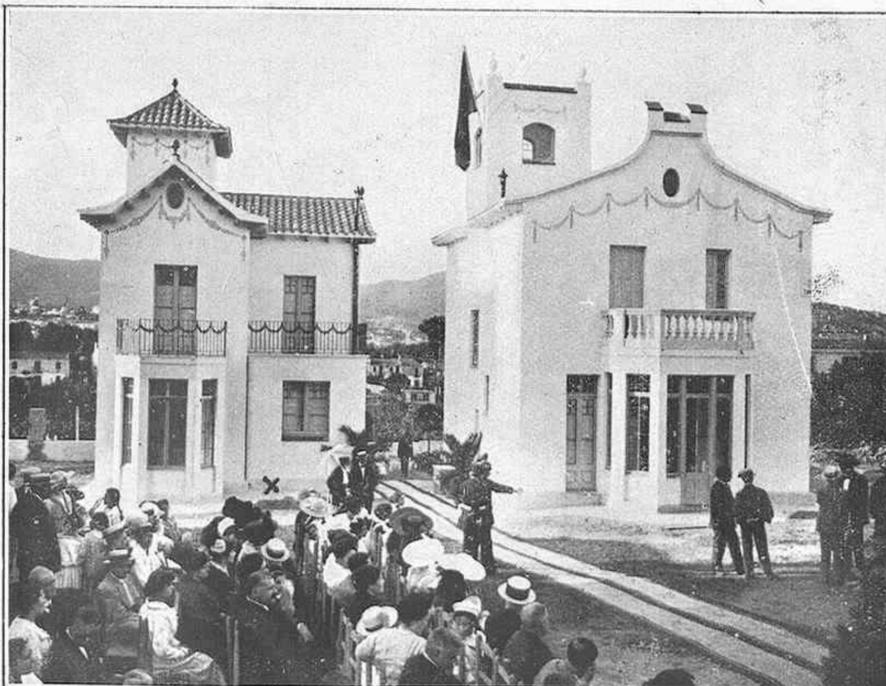
BARCELONA

LOS CHALETS DE LA COOPERATIVA DE PERIODISTAS

En la pintoresca barriada de Horta, se ha celebrado una hermosa y simpática fiesta con motivo de la entrega del chalet costeadado por el Excmo. señor D. Mariano de Foronda y cedido por éste a S. M. el Rey D. Alfonso XIII, quien ha hecho donación del mismo a la Cooperativa de Periodistas para la construcción de casas baratas.

Al mismo tiempo se inauguraron otros tres chalets que han correspondido a otros tantos asociados.

Asistieron al acto el capitán general de esta región D. Felipe Alfau, quien ostentaba la representación de S. M. el Rey; el gobernador civil Sr. Suárez Inclán, los diputados provinciales Sres. Isern y Ulled, como representantes de la Mancomunidad Catalana; el alcalde Sr. marqués de Olérdola, acompañado de varios concejales; el Dr. Bruguera, en representación del obispo de la diócesis; delegacio-



Barcelona. Inauguración del primer grupo de chalets de la Cooperativa de Periodistas. - Las autoridades que asistieron al acto. - El chalet (x) costeadado por el Excmo. Sr. D. Mariano de Foronda y cedido por éste a S. M. el Rey D. Alfonso XIII, quien, a su vez, ha hecho donación del mismo a la Cooperativa de Periodistas para la construcción de casas baratas. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

AMORES VERBENEROS

NOVELA MADRILEÑA ORIGINAL DE FEDERICO TRUJILLO. - ILUSTRACIONES DE V. CUTANDA

Y abriendo la vieja puerta del cuarto penetró en una sala grande, sin otro mobiliario que dos sillas desvencijadas y una mesa camilla, sobre la que un hermoso gato negro hacía la ruceta. La habitación tenía una puerta perteneciente al dormitorio de la enferma y una sola ventana por la que entraba, velada y tristonada, la luz del día.

En las paredes había cromos representando toreros antiguos: *Cara ancha*, *Frascuolo*, *Lagartijo* y el *Espartero*, y entre ellos una estampa de la Virgen del Carmen y debajo estas palabras que eran como una luz remota en una noche oscura en medio de aquel cuadro de vicio y de miseria: «Ave María». Más a tono con la vivienda hubiera estado el verso del Dante a la puerta del Infierno: *Lasciate ogni speranza e vos intrate*.

Patrocinio entró en el cuarto contiguo. A la luz de una lamparilla de aceite que chisporroteaba en desportillado tazón de barro, podía verse una alcobita pequeña, estrecha y larga, sin más ventilación que un tragaluz por donde entraba un tenue rayito de sol, como una limosna de los cielos.

Este dormitorio no tenía otro menaje que un sillón, una mesa de cocina y una cama pobremente ataviada en la que descansaba con sueño febril e inquieto la enferma, que era una mujer en cuyo rostro se notaban aún los rasgos definitivos de una belleza marchita; pero aparecía tan pálido su semblante, mostrábase de tal modo escuálido con los pómulos salientes, los labios blanquecinos, exangües y los ojos hundidos, orbiculados por los lirios de sus ojeras que más movía a lástima que a deseo, la contemplación de esta hermosura en su ocaso.

Patrocinio observó a la doliente con profunda pena y a sus mejillas asomó el llanto.

- ¡Pobrecita!, se limitó a decir.

- Voy a llamarla, dijo la vieja moviéndola por un brazo con fuerza. Chiss, tú; *gitana*, despierta que ha venido a verte tu hermana.

- No la despierte así, exclamó Patro, ¡parece que está usted llamando a un perro!

Y luego, inclinándose sobre la cama, dulcemente, con mimo, musitó besando en la frente a la mujer que en ella reposaba:

- Soledad... Hermana mía... Despierta, rica, despierta.

Soledad abrió los ojos y mirando en torno suyo, murmuró débilmente:

- ¿Por qué me habéis despertado?... ¡Era tan feliz!..

- Perdóname, hermanita; estoy aquí hace un rato.

- Ah, sí... Pues mira; estaba soñando. Ya sabes que mi mejor distracción ha sido siempre soñar... ¡soñar! Antes soñaba despierta; pero la vida, al enseñarme todas sus negruras, me ha robado mis ilusiones y ahora sólo puedo soñar dormida... Y alguna vez, añadió Soledad tratando de sonreír, termina el sueño en pesadilla...

- ¿Y qué soñabas?, preguntó Patrocinio.

- Un imposible: ¡que era dichosa! Padre me había perdonado y vivía con vosotros y con mi Eduardín... ¡hijo de mi alma!, suspiró la pecadora. Vivíamos en una casa de campo y yo, dichosa, jugaba con vosotros que me tirabais rosas, muchas rosas. Eran tantas que se llenaba con ellas la casa en donde vivíamos... Y rebotaban por las puertas, por las ventanas, por los balcones... Oye; ¿tú no has oído decir que cuando se sueña con flores es que se muere uno pronto?..

- Bah, tonta, yo no hago caso de brujerías...

- ¿Y mi niño? ¿Cuándo le voy a ver? ¿Me moriré sin verle?, dijo Sole con ansiedad.

- Ya ves; no me es posible traerlo. ¡Si padre se enterara de que vengo a este sitio...

- ¿Estará muy hermoso?

- Hermosísimo y muy fuerte. Ya ves: sólo tiene dos años y ya se anda toda la casa y corre y sube sobre las sillas. Te digo que nos tiene con el alma en un hilo.

- ¡Hijo de mi vida!.. Oye, ¿y tu novio?

Al oír Patrocinio esta pregunta se puso pálida y temblorosa.

- Pero, niña; ¿qué te pasa?, preguntó Soledad alarmada. Has cambiado de color y estás fría. No me cabe duda; a ti te pasa algo grave con tu novio.

¿Has reñido? ¿Te ha dejado? ¿Has averiguado alguna mala noticia?

Entonces Patro, dejando correr sus lágrimas, contó a su hermana lo sucedido.

La vieja, acariciando tal vez el recuerdo de una época lejana de amor y de pureza, exclamó enterrecida:

- ¡Pobrecita niña! ¡Tan güena y verse despreciada así; todo por hacer un bien! Yo, cada vez que la veo entrar por esa puerta se me figura que es la Virgen del Rosario cuando baja al Purgatorio. ¡Es usted una mártir y una santa!

Y la vil anciana sintió que una lágrima de sincera emoción ennoblecía su espíritu.

- Todo esto te pasa por venir a verme, dijo Soledad participando del dolor de su hermana. No vengas más.

- ¿Y te voy a dejar abandonada?, respondió Patrocinio.

- Antes os abandoné yo a vosotros, murmuró la enferma como resignándose con su suerte, y luego, esperanzada, añadió: Si al menos padre me perdonara, aun podíamos ser felices, porque tu novio ha de convencerse de tu inocencia.

- Ah, no le conoces. Es un hombre tan firme en sus resoluciones, que cuando toma un camino no hay quien le aparte de él. Lo de padre lo creo más fácil. Está el pobre tan abrumado por las penas, que su voluntad de hierro se va debilitando día por día. Además; por el niño sería capaz de todo: ¡le quiere tanto, tanto..., que si yo no le quisiera lo mismo tendría envidia de él!

- Eduardín es un ángel que me ha mandado Dios para redimirme.

Y Soledad, al decir estas palabras, fatigada por la conversación, cerró los ojos dulcemente y en su cerebro, donde comenzaba a arder la calentura, creyó ver un ángel de color de rosa con las alas como la nieve.

- Adiós, hermana mía, dijo Patro besando a Soledad en la frente. Que descanses.

Cuando Patrocinio salió a la calle comenzaba a oscurecer. Al ver que por calles y plazas iban encendiendo los faroles, apretó el paso.

La vida de Patro era un drama silencioso y romántico como una pantomima de Pierrot.

Al llegar a su casa encontró en ella al *compare* Cascabeles.

Viendo a su padrino, la esperanza renació en su alma. El viejecillo fué siempre su guía espiritual y pensó consultarle en las dudas de su pasión vehemente, pidiéndole también ayuda para que su padre desistiera de su obstinada determinación de no perdonar a Soledad.

Al día siguiente supo que Salvador había desaparecido de su casa. Inquieta, temerosa de que su novio hubiera cometido una locura, no pudo contenerse y poco después se decidió a preguntar a los padres del joven.

- Tú sabrás lo que has hecho con él, *maña*, dijo la *señá* Remedios, aragonesa ruda y franca. Tú sabrás lo que hiciste. El chico marchó el jueves diciendo que por culpa tuya se iba de Madrid y que nadie sabrá su paradero.

- Nada malo hice, *señá* Remedios. Se ha equivocado y nada más. Ni siquiera me ha dejado que me justifique.

- Como que *tie* mi sangre, *mañica* y a ése, como no *l'entre* una cosa por los ojos, no le convence *naiide*. ¡*Pus güeno* es mi chico *pa airle* con *chilindriñas*! Cuando él dice a Zaragoza o al charco... En fin; ya *sabis* lo del cuento baturro.

- Lo que sé es que soy inocente y muy desgraciada.

Y sintiendo que el llanto afluía a sus ojos, con un brusco adiós se despidió de la aragonesa.

- ¿Has reñido con tu novio?, le preguntó su padre al ver que Salvador había desaparecido y que Patro estaba muy triste.

- Sí, padre. no le quería, dijo ella disimulando.

- Eso, allá tú, respondió el *señó Grabié* con desconfianza sospechando que su hija no era leal.

Quince días después y a instancias de Patrocinio se mudaron a la calle del Ave María.

Patro, cada vez más triste, apenas si tenía fuerzas

para ir al taller. Viéndose bastante enferma y comprendiendo que sin su ayuda Soledad terminaría su existencia en un hospital, decidió consultar el caso con el padrino, por lo que tuvo con él un largo coloquio.

Grande fué la sorpresa y la pena de éste cuando supo que Soledad estaba en Madrid y las condiciones en que vivía, sumida en un pantano de miserias físicas y morales.

Dispuesto a doblegar la voluntad de su amigo, habló en favor de Soledad.

No poseía el *compare* Cascabeles la elocuencia de Cicerón ni los profundos argumentos de los padres de la filosofía sagrada ni aun siquiera las dotes oratorias de cualquier charlatán de plaza; pero amaba tiernamente a las dos hijas del *señó Grabié* y puso tal entusiasmo en su discurso que salió victorioso de su empeño.

Unas horas después, la hija estaba en los brazos del padre y éste enterrecido lloraba al ver los estragos que la mala vida hizo en el rostro aun bello de Soledad.

- Ahora, dijo el *compare* Cascabeles, a redimirse; a demostrar al mundo que sabes ser buena. Mañana mismo os vais a mi cortijo de Granada. Ya veréis que bien os sientan los aires serranos. Tú, *Grabié*, te sentirás rejuvenecido; Soledad volverá a ser la mocita de antes, y Patro olvidará a ese ingrato Salvador.

Obedeciendo la voluntad del *compare*, el *señó Grabié* volvió a la tierra nativa, llevando consigo a Soledad y a Patro.

En parte se realizaron los vaticinios de Cascabeles.

El *señó Grabié* al encontrarse en el cortijo, en medio de aquella sierra abrupta que le vio nacer, sintió como una renovación de todo su ser, aniquilado por el dolor.

Soledad al poco tiempo de llegar al pueblecillo serrano fué transformándose lentamente: se hubiera dicho que surgía a una nueva vida.

El espectáculo del cielo azul, siempre azul, de los llanos surcados de arroyuelos que de los montes descendían, de los cortijos desparramados en los valles o descansando como blancas palomas en los montes; las aguas del Genil dormidas en los remansos, bajo las ramas de los árboles centenarios y aquel silencio, sólo turbado por el balido de las cabras que saltaban sobre las agudas peñas o por el repiqueteo cristalino y remoto de algún esquiloncillo parroquial, devolvieron la salud a su cuerpo y la paz a su espíritu cansado de tanto sufrir.

En este lugar ideal, en este santuario de la naturaleza pasó algunos meses, sin cuidados, sin temores, olvidada de su triste pasado, como si estuviera viviendo una segunda infancia. ¡Deliciosa vida de niña grande que saboreaba los goces de una existencia primitiva, semisalvaje!..

Viviendo en la paz de estos campos y entre la noble y sencilla rusticidad de los campesinos andaluces, fué recuperando la salud, los arreboles del rostro, el regocijo en la mirada, el vigor perdido: parecía como si se hubiera inoculado la sangre robusta y sana de aquellos serranos que eran como robles de nuestra raza. Sus mejillas habían recobrado su color de melocotón maduro, sus ojos su habitual alegría; todo su cuerpo el júbilo, la ligereza de antaño. Y en esta plenitud de todo su ser era como un nimbo glorioso el amor de Eduardín su hijo.

¡Qué diferente influjo ejerció la serranía en el alma y el cuerpo de Patro!

Afirma Alfredo de Musset que Dios ha puesto la belleza en el mundo en tres excelentes condiciones: primeramente para regocijarnos, en segundo lugar para consolarnos y por último para ser dichosa ella misma; pero en la hermosa Patrocinio no se realizaba este bello pensamiento, porque, desde que estaba en el cortijo, iban extinguiéndose poco a poco en el cuerpo de la adorable criatura el perfume de su gracia, la música de su voz, el rayo de su mirada.

Patrocinio enfermó.

¿De qué? Esto se preguntaba D. Mauricio, el médico rural; un hombre muy campechano e inteligente.

¡Vana interrogación de la ciencia, que, como todo

lo humano tiene su límite! La naturaleza que mina y destruye si se quiere ocultar es impenetrable. Por esto, cuando la envoltura carnal es vanamente interrogada porque el mal está en el espíritu, los sabios tienen que confesar su derrota, pues en esos momentos en que una joven de veinte años bella como el sol y fresca como una flor palidece y luego cuando se la pregunta lo que sufre, responde solamente: «¡Me muero!» es imposible encontrar el secreto del sufrimiento en el mismo dolor.

Don Mauricio se desesperaba. ¡Marchitárase aquella rosa lozana en la flor de sus abriles!

En vano sonreían ante los ojos de Patro, el suelo con sus verdores y sus alegrías; el perfume de los prados florecidos, el ondear por julio de los trigales, de la sombra verde de los viñedos; la sombra regada de los pinares y de los bosques de tilos y granados.

En vano el campo y los montes y la selva se vestían, cuándo con el manto de oro de los argomales en flor o el del violeta del brezo, cuándo con la nieve de los azahares que embriagaban con su perfume. A pesar de ser la tierra andaluza hermosa con seducciones de amante, con refinamientos de coqueta no tenían para ella encanto alguno aquellos montes y aquellos campos, las frondas y el metal del río. ¡Y cómo iba a estar contenta, qué encantos encontrar en la villa si su alma y su corazón estaban allá, en Madrid, más querido cuanto más lejano! ¡Qué le importaba la pureza de los aires cuando aun estaba vivo en su mente el recuerdo de aquella casa pobre, vieja, destartada y que a ella le pareció en un tiempo alegre y luminosa, porque el amor es como el sol: dora las ruinas, hace cantar las aves que en ellas duermen y brotar joyantes flores sobre las rocas!

Una moza conocida en el monte por el sobrenombre de la *Romancera* que andaba siempre sobre aquellos riscos con su hato de cabras, se hizo muy amiga de Patro y Soledad.

La zagalona era hija de un serrano cuatrero y de una gitana del Albaicín y sabía decir la buenaventura en romances campesinos que eran como flores silvestres al salir de sus labios y parecían exhalar aromas de pino resinoso, de tomillo de juncia y de manzanilla.

— ¿Oyes, Patro; tú tienes mal de amores?... dijo un día la *Romancera* a Patrocinio.

— ¿Quién te lo dijo, *Romancera*?

— Tus ojos me lo dicen día por día.

— ¿Y si mintieran?

— Los labios son los que mienten; los ojos, nunca.

— Pues yo sé de quien con ellos engaña.

— No sería a mí a quien engañara.

— ¿Por qué?

— No sabes que veo lo oculto, adivino el porvenir por las rayas de la mano, y leo la vida de las personas en la luz de las estrellas.

— Me olvidaba que eres zahorí.

— Cierto.

— ¿Y si yo te pidiera una gracia?

— ¿Cuál?

— Que me descubrieras mi sino.

— Dame esa mano y veré lo que ella me dice.

Y cogiendo la diestra de Patrocinio, fijó sus ojos en las líneas de la palma como el gavilán que desde el espacio mira los surcos, los caminos y arroyuelos de la tierra.

El sol caminaba hacia su ocaso produciendo cambiantes de luces rosas, azules y doradas sobre los picachos nevados de las sierras remotas, y en la paz augusta de la montaña se elevó el presagio de *Romancera* como la oración de un rito secular y misterioso.

La zahorí, como alucinada por sus propias palabras, con la mirada extática y las pupilas brillantes, habló así:

¡Rosa de mi rosaleda!
¡Paloma sin palomar!
¡Golondrina cuyo nido,
rompió fiero el huracán!
Niña de los ojos tristes,
que llorando siempre estás
por un amor mentiroso
y frágil como el cristal.
No llores, más, niña hermosa,
¡que él volverá!
Esta raya de tu mano
me dice que de tu mal,
con el amor de ese ingrato
la Virgen te sanará.
Que el cielo a prueba te pone
para ver tu lealtad,
pero ha de premiarte luego
y pronto te casarás.
No llores más, niña hermosa,
¡que él volverá!
Estas dos rayas me anuncian
eterna felicidad,
amor firme de tu esposo

y que dos hijos tendrás.
Serán dos soles hermosos
que en tu casa brillarán,
pichoncitos de tu nido,
rositas de tu rosal.
No llores más, niña bella,
¡que él volverá!
Pero calma tus desvelos,
porque acechándote está,
la muerte con su guadaña
por darte un golpe mortal.
Ríe para que se vaya,
pues si no se trocarán
en mejoranas de muerto
las rosas que han de brotar.
No llores más, niña hermosa,
¡que él volverá!

Calló la moza, quedóse un momento pensativa Patrocinio, hasta que por fin dijo ésta a la *Romancera*:

— ¿Y por qué me anuncias, *Romancera*, de un lado la felicidad y de otro la muerte?

— Porque así lo dice el destino: no tienes más que esos dos caminos que seguir. Conque adiós, Patro, que ya es muy tarde y he de recoger el hato antes de que anochezca. Ya lo sabes, cuidate *chiquiya*, que *ties* la cara de la muerte.

Ante la brusquedad de la campesina, una idea terrible asaltó la mente de la forastera: «¿Estaría tan enferma?»

Y cuando la *Romancera* se fué monte abajo cantando, Patro, sacando del bolsillo del mandil un espejito se contempló unos instantes.

¡Era verdad! Parecían sus ojeras dos enormes violetas; estaban más pálidas sus mejillas, sus ojos más hundidos, los arboles de su cara nacían más de la fiebre que de la salud. Sintió miedo y cerró los ojos.

Ya en su casa pareció encontrarse peor. El *señor Grabié*, alarmado, llamó al médico, y éste dijo varias palabras incoherentes, vagas: «neurastenia, desequilibrio nervioso, histerismo». Luego, acertando más por su práctica de la vida que por sus estudios, afirmó rotundo:

— Esta niña tiene una nostalgia grandísima. A toda costa es necesario que torne a Madrid.

Patro sonrió dulcemente al ver que el galeno tan bien adivinaba su pensamiento.

Y el bueno de don Mauricio mientras bajaba al llano montado en su caballo de *batalla*, murmuraba.

— ¡Demonio de jovencitas! Tanto tomarlas el pulso y la temperatura, tanto mandarlas probar píldoras y brebajes, y luego resulta que sólo pueden curarse con la receta del doctor Longo.

VII

TRISTES MEMORIAS

Dos meses llevaba en Madrid Patrocinio en su humilde cuarto de la calle del Ave María y la esperanza de que Salvador volviera la hizo mejorar más que los aires de la serranía; sin embargo, el médico la prohibió volver a trabajar en «la Papeleta».

Aunque el trabajo no era rudo convenía a su salud que esparciera el ánimo por campos y jardines, que pasara las tardes en el Retiro y en la Moncloa respirando oxígeno, bañándose en la luz del sol.

Todos los días Patro y Soledad salían de paseo. Una tarde en que se disponían a tomar el tranvía entre las estaciones para ir a la Bombilla desde el Portillo de Embajadores, se encontraron en la plataforma a la *Pajarito* y al *Mochuelo II*.

La *Pajarito* al ver a Patrocinio la abrazó cordialmente.

— Chica, dijo, estás desmejorada. Esta joven ¿es hermana tuya?

— Sí, *Pajarito*, respondió la Patro pensando inquirir disimuladamente algunas noticias de Salvador.

— No lo puede negar: se parece mucho a ti.

— ¿Y vosotros, ¿cuándo os casáis?

— Va *pa* largo. Este dice que no se casa hasta que mate toros.

— *Azín* es, dijo *Mochuelo II*. Y ésta dice que *u* ella o los cuernos.

— Y usted ¿qué dice?, preguntó Soledad.

— *Pus* yo... que las dos cosas.

— Lo que yo digo es que *pa* qué se empeña en tomar la alternativa. Si *quíe* matar, que mate en casa.

— ¿Tiene plaza de toros?, preguntó Soledad.

— No señora, dijo la *Pajarito* ingenuamente, pero tiene pollería.

Soledad lanzó una carcajada al oír la ingenua contestación de la *Pajarito*.

— Y ya que hablas de casorio, dijo ésta, sabes quién se casa?

Patrocinio por un extraño presentimiento palideció.

— No sé, contestó trémula.

— Pues Salvador, aquel novio que tuviste el año *pasao*.

— ¡Ah, sí!, dijo Patro tratando de ocultar lo que sufría. ¿Y con quién?

— Pues con Julia, la Malayeriba.

— Y *menúa* boda que *v' hacer*, dijo el *Mochuelo*.

— Y eso que a ella le ha *cogío* el casorio *mu que-brantó* de dinero. Calcula que hace poco la *señá* Eufrasia, una echadora de cartas la pidió *toes* sus joyas en prenda *pa* arreglarle el negocio de lo de Salvador y se escapó con *too*. ¡Casi *nal*! Más de seis mil pesetas entre anillos y sortijas y otras alhajas.

Por cierto que la Julia no dió parte a la *autoridá*.

— Sin embargo, objetó el *Mochuelo*, la boda será de rumbo. Ya *ve usté*, hasta piensan dar un *banquete d' esos* que ponen la tarjeta en *franchute* para que *naide* sepa lo que come. Y *aluego*, saben *ostedes*, habrá *sarao*, licores, puros... Vamos: que este mes no compro yo tabaco.

— Éste es muy *aprovechao*, dijo con orgullo la *Pajarito*.

— ¿Y cuándo se casan?, preguntó Patro aparentando más indiferencia que curiosidad.

— Pues en seguida. Ya se han *corrió* las amonestaciones.

Burla, burlando llegaron los interlocutores a la Bombilla.

Cuando Patrocinio se encontró libre de la compañía de la *Pajarito* y de su novio, fijó en Soledad sus ojos húmedos por un llanto que pugnaba por esconderse y exclamó:

— ¡Ya lo ves, Soledad!, ¡qué pronto me ha olvidado!

Como pudo Soledad consoló a su hermana. Antes de oscurecer volvieron a casa y estaban ya arreglándose con las ropas de diario cuando llamaron a la puerta.

Un caballero de mucha edad, con la cabellera blanca, y de aspecto respetable, saludó cortésmente y preguntó a Patrocinio:

— ¿Es usted la señorita Soledad del Valle?

— No señor, respondió Patrocinio, es mi hermana, pero está en casa y puede usted verla.

— Si es usted tan amable. Traigo una visita para ella.

— Pase, pase, dijo Patro al anciano después de ofrecerle una silla y fué a llamar a su hermana Soledad,

El viejecillo era un hombre de unos sesenta años, pero, a juzgar por su rostro, parecía aún más viejo. Gordezuelo, de mediana estatura, tenía el cabello completamente blanco y sus ojos azules reflejaban profunda tristeza. Vestía de negro, y en su aire de pesadumbre, adivinábase una vida de grandes sufrimientos.

El caballero contempló con aire satisfecho la pulcritud de la casa, la ordenada colocación; todos esos detalles que demuestran que en una casa hay mujeres diligentes y limpias. Estaba en esta contemplación cuando Soledad salió de su cuarto bella y sonriente.

— Me ha dicho mi hermana que deseaba usted hablarle, dijo al visitante.

— Sí, hija; pero siéntese, siéntese, repondió el anciano a Soledad que sugestionada por la simpatía que emanaba del semblante del viejo habíase quedado de pie extática.

Aquel rostro hizo que resucitaran en la imaginación de la joven todos los recuerdos del pasado.

— ¡Cuánto me costó encontrarla, señorita!, exclamó el desconocido. Seguí, sin descansar, sus pasos desde Bilbao a San Sebastián, de San Sebastián a Biarritz, de aquí a Santander, por último, a Gijón y a Madrid. Creí sorprenderla en Granada en el cortijo, cuando su vuelta a la corte trastornó todos mis planes.

Soledad contemplaba al caballero dejando traslucir en su cara un sentimiento mezcla de terror y de curiosidad al escuchar la voz de aquel hombre que parecía salir de la tumba para evocar su pasado.

El viejecillo, después de examinar el aspecto de la joven, preguntó:

— Y bien; ¿dónde está su hijo?

— ¡Caballero!, respondió Soledad, trémula como si estuviera ante una aparición. ¡Sabe usted toda mi vida!

Y, avergonzada al recuerdo de lo que fué, bajó los ojos al suelo.

— La sé y la disculpo, es más: la justifico. Ha sido usted muy desgraciada y por eso me es usted más simpática. Yo tampoco he sido dichoso.

— Pero usted dijo que me traía una visita. ¿Puedo saber de quién?

— De un muerto, contestó solemnemente el misterioso personaje, y su voz triste resonó en la habitación con eco extraño.

Soledad sentía que un sudor frío inundaba su frente y que su corazón latía con irregularidad en su pecho. Pero la mirada de aquel hombre la magnetizaba, envolviéndola en una corriente de secreta simpatía.

El enlutado prosiguió:

— Me explicaré. Pero antes he de contar a usted una noticia que le interesa. Escúcheme.

Y apoyando su cabeza sobre su mano derecha estuvo largo rato pensativo, como coordinando sus recuerdos.

Después habló así:

«— Yo nací en Alcira y mis padres eran unos labradores de mediana posición. En fuerza de trabajos y apuros, pude ir levando mi caudal. Entré con dos compañeros en el negocio de exportación de la naranja a Inglaterra y poco tiempo después pude separarme de mis socios para negociar libremente. Yo, acaso más hábil, tuve la buena ocurrencia de afincarme y me dediqué al cultivo del naranjo, exportando solamente mi cosecha. Iba mi hacienda creciendo, día por día, hasta que llegó uno en que, viéndome poseedor de uno de los mayores capitales de mi región, sentí deseos de gozar de la vida después de haberme pasado más de media existencia, primero entre cajas de naranjas, luego entre el *Cargo* y la *Data*, por último en mi despacho de comerciante. ¡Pobre destino el mío, que inmóvil, como petrificado, sin una ilusión, sin un ensueño, viví atorando riquezas que sólo pude gustar en esos momentos en que el estómago está estragado; la sangre, fría; la mente, libre de esos dorados señuelos que son el patrimonio de la juventud!

»Sediento de amor, de vanidades, lo primero que hice fué casarme y escogí para compañera una jovencita provinciana hija de aristócratas venidos a menos y tan bella como ansiosa de figurar.

»Amelia, que así se llamaba mi esposa, había soñado siempre con un marido que la redimiera de su triste y poco airoso posición de señorita sin dote.

»Hermosa, con hermosura de hurí musulmana, con los ojos ardientes como el sol de nuestra tierra, vestida siempre con boato de emperatriz, mi mujer parecía al lado mío la señora, yo el criado.

»Tenía yo a la sazón unos cuarenta años. Amelia apenas frisaba en los veinte y hubiera podido pasar por su padre. Póngase de añadidura que yo, envejecido por tantos trabajos y poco práctico en la vida mundana, aparecía como un ser vulgar, como una de esas figuras que se difuminan en el fondo de los grandes cuadros.

»Mi brillo de hombre trabajador y rico se apagó al fulgor de su belleza. Mi cara mitad no perdía ocasión de divertirse, de derrochar el dinero en saños y holgorios. No había júbilo campesino ni diversiones cortesanas en que ella no tomara parte. Jiras a Torrente y a las *cuevetas* de los alrededores de Valencia, carroza en la batalla de flores, dinero para las fallas, veraneos en San Sebastián y Ostende, visitas a París y Niza, juego en Montecarlo, y por último, internado en Madrid primero, en mi hotel de Recoletos; después en nuestros cuarteles de invierno en Málaga y Valencia. Amelia arrojaba a manos llenas el dinero que tantos sudores y tanta paciencia me costó reunir.

»Llevaba dos años de matrimonio y era mi único anhelo tener un hijo: un heredero de mi casa comercial, pues yo soñaba con que mi prole fuese continuadora de mi ruta. Creí que era honroso para un hijo ser el continuador de la obra de su padre, aunque ésta fuera la de un humilde agricultor o la de un vulgar comerciante...»

Dijo el viejo estas palabras con tono acre, como remedando el tono despreciativo de su esposa; luego añadió:

«— Bueno; este *humilde agricultor* y *vulgar comerciante* eran palabras de mi cónyuge.

»Por desgracia yo no nací poeta ni político ni guerrero: habíame contentado con el modesto papel de hombre de negocios, satisfecho de mi posición y de haber hecho prosperar en mi país la agricultura y el comercio. ¿No era esto bastante? Por lo visto no, ya que mi mujer me miraba como un ser inferior.

»En mis veinte años de matrimonio nunca me llamó por mi nombre de pila, sino por mi apellido. Yo no era para mi mujer, como hubiera sido para otra Manuel, Manolo, o como dicen algunas, *mi Manuel*, *mi Manolo*, anteponiendo al nombre el posesivo, que parece avalorar la persona de que se habla, y que es afectivo dulce. Yo me llamaba sola-

mente el Sr. Fernández a secas; algo así como una razón social, el conocimiento para cobrar una letra.

»Al cabo de los dos años tuve un hijo, hijo único que fué el encanto de mi vida en los primeros años de la suya. ¿Cómo pensar en los sinsabores que había de costarme luego?

»El niño creció, y en fuerza de bondades por parte mía y de alabanzas por la de su madre, se hizo un ente soberbio y vanidoso. Ocupado en mis negocios, que cada día requerían más atención para que bastaran a saciar el desmedido afán de lujo de mi mujer, apenas si pude ocuparme de la educación de mi hijo. Yo hubiera deseado hacerle a mi imagen y semejanza, un hombre honrado y trabajador, al corriente de la marcha comercial de mi casa, que llevara en sus tarjetas con orgullo el nombre de «hijo y sucesor de Fernández».

»Esto no pudo ser nunca. A mi mujer se le indignaba la vulgaridad del Fernández y le hizo renegar de mi apellido, que pasaba como avergonzado en su firma y en sus tarjetas, oculto por la inicial y seguido de los pomposos timbres de la madre.»

El viejecillo hizo una pausa, pues se fatigaba y enternecía demasiado con su relato. Después continuó simulando una sonrisa:

«— Mi mujer había olvidado que cualquier apellido es bueno si es honrado el hombre que lo lleva.

»Un día mi cara mitad me llamó y me dijo:

»— Siéntate, Fernández, y escucha. Nuestro hijo tiene ya diez años y conviene que sepamos el rumbo que ha de tomar en la vida. A este fin es preciso que pensemos en su porvenir y le demos una carrera. Esta es mi consulta. ¿Cuál preferirías tú?

»Yo, por primera vez descubrí mis pensamientos.

»— Me parece, contesté, que lo más cuerdo era que estudiase idiomas y la carrera mercantil, y después de que viajara un poco por el extranjero, se pusiera al frente de mi negocio. Yo ya estoy cansado, y nadie mejor que él puede continuar dirigiendo los asuntos hasta que yo muera y sea el propietario de todo. Entonces no se encontrará a obscuras entre el laberinto de los números y de las operaciones comerciales.

»Ante mis claros razonamientos se alzó mi esposa airada.

»— ¿Tú crees, me dijo, que un hijo de mi sangre se va a convertir en un mercachifle, sin más aspiraciones que el lucro material, el prosaísmo de los negocios comerciales?

»Admirado quedé al oír las palabras de Amelia, y sentí tal indignación que se me pasaron ganas de imponerle un correctivo. ¡Ingrata!. ¡Cuando todas las comodidades de que disfrutaba nacían sólo de mi trabajo, de mi constancia de hormiga, de mis sacrificios!..

»Maldiciendo de mi error al escoger para compañera mujer tan orgullosa y pagada de su apellido, repliqué como pude, pero violentamente, a su injusta opinión.

»Ella al oírme sonreía desdeñosamente. No sé dónde he leído que en las discusiones matrimoniales al fin siempre es el triunfo de la mujer. Esto, que en general puede ser falso, tratándose de mí era más que una verdad: un axioma.

»Amelia había hecho abstracción de mí, y nuestro hijo fué lo que ella quiso: un señorito satisfecho de su linaje materno, orgulloso de mi capital y poco aficionado al trabajo. A los veinte años era lo que se llama un joven distinguido. Sabía montar a caballo, guiar un auto, hablar pésimamente el francés, lucir la última moda y tener muchas amantes: no le faltaba nada para ser un hombre de mundo, pero completamente inútil a la sociedad. Tenía en su cuerpo y en su alma la hermosura y la vanidad de su madre y sin duda creyó que con esto y con la pingüe fortuna que de mí heredaría a *corto plazo* era dueño del mundo. ¡Sueños de una juventud que no pasó miserias ni sufrió desengaños!

»Entre los caprichos de la madre y las calaveradas del hijo, mi fortuna habíase menguado de tal modo que un día tuve que presentarme en quiebra y vi con dolor deshacerse como la espuma el caudal reunido en tantos años de laboriosidad.

»Entonces mi mujer, que en medio de sus locuras amaba con delirio a nuestro hijo, sintió temor por su suerte. Aunque tarde comprendió lo erróneo de la educación que le había dado y quiso poner coto a sus desmanes; mas fué en vano. Valido de las mismas alas que nosotros le prestamos, bien pronto comenzó a huir del calor del nido. Mi ruina, las calaveradas y, ¿por qué no decirlo?, las infamias de nuestro hijo, hicieron que su madre enfermara y muriera en la plenitud de su vida.

»Antes de morir, apesadumbrada, profundamente arrepentida, me pidió perdón. Dos meses más tar-

de, cuando mi corazón estaba aún bajo el peso de la desgracia, herido por el terrible golpe de la muerte de Amelia, mi hijo me pidió la parte que le correspondía de herencia en mi triste bancarrota.»

Al llegar a esta parte de su interesante relato, el viejecillo secó las lágrimas que se desbordaban por sus ojos y estuvo un momento sumido en profunda meditación.

Luego prosiguió:

«— Habíame quedado solamente de mi capital, después de la quiebra, una casita que tuve el capricho de comprar en Suiza y papel del Banco de Francia por valor de una renta anual de cinco mil francos, cantidad fabulosa para cualquier pobre, para mí tristes restos de una fortuna colosal. Dejé mi renta reducida a la mitad y vendí el resto, cuyo importe, (sesenta mil francos) entregué a mi hijo que no sólo me lo pedía sino que me lo exigía violentamente. Con el corazón traspasado por la pena le entregué su legítima. Él, desde el momento en que la recibió arrastró una vergonzosa vida de crápula y en poco tiempo deshizo su pequeño capital.

»Antes que trabajar prefirió serlo todo: desde taur hasta aventurero del mundo galante, recorrió toda la escala del vicio. A impulsos de su vida alegre no se contentó con ser desgraciado e hizo que lo fueran los demás. En Madrid enamoró a una mujer, mejor dicho a una niña, con promesas falaces para después abandonarla...»

Soledad, al oír estas palabras se fué levantando de su asiento como magnetizada por ellas. Trémula, con la palidez de las azucenas se acercó al anciano y balbució acongojada:

— ¿Luego usted es?..

— Ah, hija mía; yo no soy nadie, respondió el misterioso caballero. Yo soy sólo Fernández; aquella F. incógnita de que le hablaba.

— ¿Y esa mujer?, dijo la joven sin fuerzas para poder contener su emoción.

— Esa mujer es usted y mi hijo Eduardo Fernández Valdivia.

Soledad exhaló un grito de sorpresa y después llorando exclamó:

— ¡Eduardo! ¡Eduardo mío!

A sus sollozos entró su hermana en la salita e hizo que Soledad saliera al corredor para que respirara el aire fresco de la noche. Patrocinio, que oculta lo había oído todo, creyó oportuno desaparecer nuevamente con cualquier pretexto.

— Mira, dijo, voy a buscar a Eduardín que está jugando con los niños del principal.

Mientras Patro, solícita, corría escaleras abajo, se reanudó la conversación.

— Siga, siga, caballero, dijo Soledad; como verá aun tengo vivo el recuerdo de su hijo y me interesa cuanto a él se refiere.

— Pues bien, hija, respondió el anciano con tono paternal. Has de saber que he venido a Madrid a cumplir una promesa y a vengar un agravio. La promesa voy a cumplirla, la venganza no la puedo cumplir hasta que encuentre a la infame que fué causa de la muerte de Eduardo.

— Y esa promesa...

— Verás, hija mía. Momentos antes de suicidarse, Eduardo tuvo un instante de lucidez y escribió esta carta. Léela.

Soledad leyó en voz alta aquella carta escrita con pulso temblón, ante la eternidad. Al contemplar los caracteres del hombre que amaba, sintió que por su cuerpo corría un extraño calor.

La carta, breve y sincera, decía así:

«Padre de mi alma: Voy a morir. Mi conciencia me advierte que antes de dar fin a mi vida ruin debo cumplir con dos deberes: uno el de pedirle perdón por mi conducta execrable, otro suplicarle que ampare a una desgraciada que engañé y que dejo lejos de su casa, maldita de su padre, sin amparo de nadie. Dará a luz en breve. El ser que vive en sus entrañas es mi hijo y ya ve usted, padre mío: más le vale no llevar mi apellido que es la ignominia del ladrón. No los desampare usted que es tan bueno. Adjunto le remito un retrato de ella y las señas de su domicilio. De todo lo malo que haga esa mujer seré yo responsable ante Dios. Acabo de cometer una estafa en las oficinas donde estaba colocado gracias a tu influencia, me han sorprendido y no puedo sobrevenir a mi deshonra. La justicia te enterará de los demás detalles de mi vida escandalosa. Adiós, padre mío. Perdón una vez más para tu hijo. *Eduardo*», y fechada la carta en Bilbao.

Al terminar Soledad la lectura sintió, en medio de su gran amargura, la alegría de que Eduardo se hubiera acordado de ella en sus últimos momentos.

Después estuvo bastante tiempo deleitándose en la contemplación de su retrato.

(Se continuará.)

BUENOS AIRES. - FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA



El Presidente de la República D. Victorino de la Plaza (x) y su séquito oficial a la salida del Tédum celebrado en la Metropolitana

Las fiestas con que Gobierno y pueblo han celebrado el Centenario del nacimiento a la vida nacional de la Argentina terminaron ayer, fiestas más modestas que las de mayo de 1910, porque imponía forzoso freno a populares expansiones y a derroches oficiales la grave crisis por que el país atraviesa, agravada por las salpicaduras de la locura europea.

Un hecho descollante merece ser consignado.

Así como en 1910 la presencia en Buenos Aires de S. A. R. la Infanta D.^a Isabel hizo que el nombre de España estuviera en todos los labios y el afecto hacia ella penetrara en todos los corazones, así hoy Gobierno y pueblo se esforzaron en demostrar que cuantos más años transcurren desde el 9 de julio de 1816, fecha en que definitivamente se alzó «a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación», más se siente la Argentina hija de España, de la que heredara caballeridad e hidalguía. La prensa toda ha dedicado a la nación madre cariñoso recuerdo, frases impregnadas de cálido afecto que obligan nuestra gratitud.

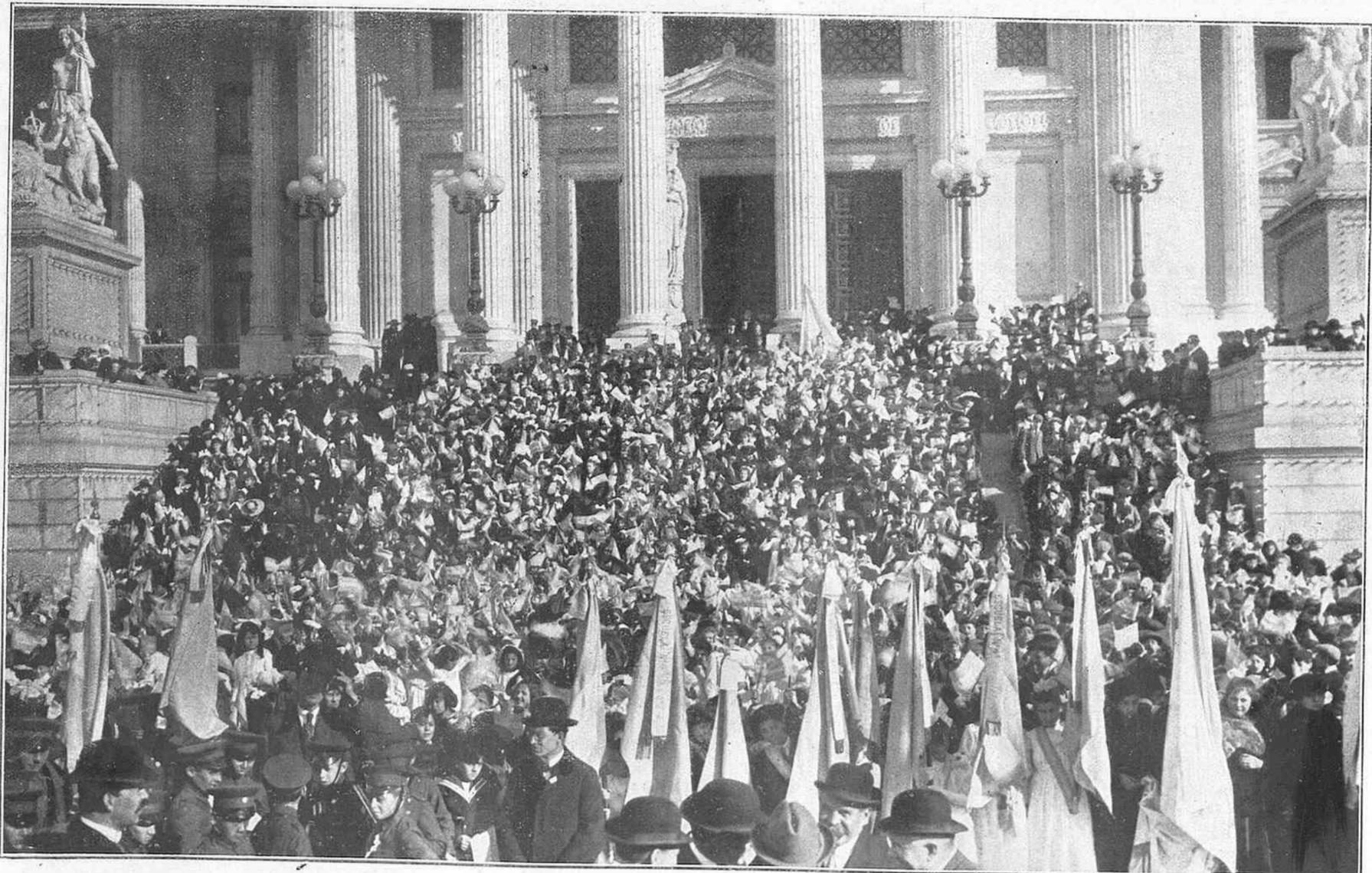
Nuestro ministro D. Pablo Soler puede sentirse satisfecho: verdad que nuestro representante oficial, por su exquisito tacto, su reconocido don de gentes y sus relevantes prendas personales se ha sabido captar no ya las simpatías, el cariño de cuantos le tratan. En la fiestas de cgaño bien puede afirmarse que el diplomático español ocupó, donde se presentara, el primer puesto.

Dentro de las tristes circunstancias por que el mundo atraviesa, la República Argentina hizo lo que pudo para festejar esta fiesta nacional, a la que se asociaron de buen grado las colectividades extranjeras.

Las fotografías que acompaño darán una débil idea de cómo se desarrollaron algunos números del programa oficial.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, 10 de julio de 1916.



Los niños en la escalinata del Congreso. (De fotografías de «La Nación», remitidas por nuestro corresponsal literario R. Monner Sans.

VALENCIA. - BATALLA DE FLORES. (Fotografías de V. Barberá Masip.)



Coche del Ateneo Mercantil *Escena de Versalles*, que obtuvo el premio de la Infanta D.^a Isabel

Con gran animación y brillantez se ha celebrado la batalla de flores, que, como de costumbre, ha constituido uno de los números más bellos e interesantes del programa de festejos de la Feria de Valencia del presente año.

La Alameda ofrecía un aspecto animadísimo; los carruajes que tomaron parte en la fiesta eran en gran número y estaban hermosa y artísticamente adornados; y hubo en la batalla verdadero derroche de flores.

El Jurado, presidido por el alcalde de Valencia Sr. Cuñat y del que formaban parte los artistas Sres. Fillol y Navas y el cronista de la ciudad Sr. Cebrián Mezquita, adjudicó los principales premios en la forma siguiente:

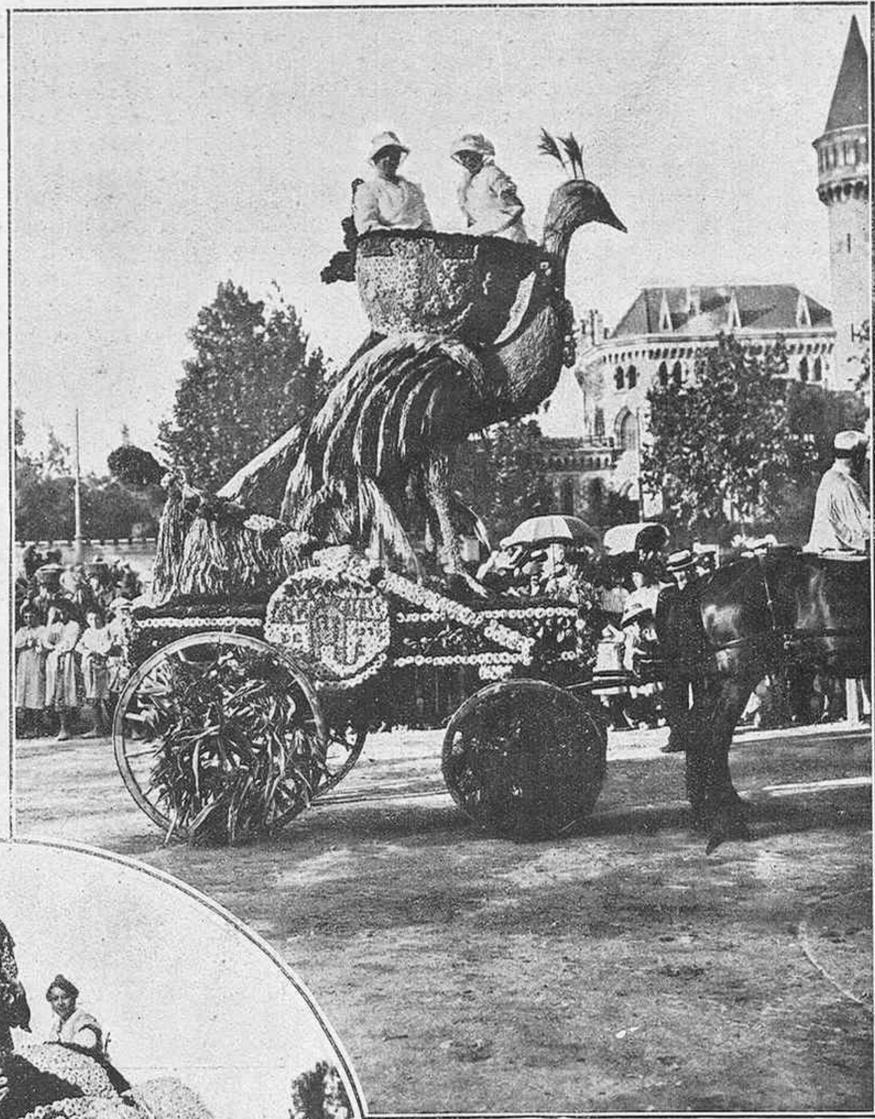
Premio de la Infanta Doña Isabel, al coche del Ateneo Mercantil *Escena de Versalles*: dos monumentales figuras del siglo XVI y una enorme copa del mismo estilo formaban un conjunto tan artístico como vistoso; ocupábanlo D.^a María Belda Pérez de Bernat y Lola Bernat.

Premio del Infante D. Fernando, al coche *Pavo Real*, del Círculo de Bellas Artes: un enorme pavo real que sostenía una especie de joyero, en el que iban la señorita Carmen Jorro y D.^a Trinidad Miquel de Goerlich.

Premio del Capitán general, al coche *El oso y el madroño*, del Centro de los Hijos de Madrid: un oso monumental apoyado en un enorme madroño; en el testero, el escudo de Madrid; iba ocupado por las señoritas Erenia Rodríguez, Pepita de Quesada y Vicenta Alemany, la primera tocada con la clásica mantilla de madroños y las otras dos vestidas de labradoras valencianas.

Premio del Gobernador civil, al coche *Corbeille*, costeado por el alcalde de Valencia: dos gigantescas labradoras valencianas sosteniendo una gran cesta llena de nardos y dalias y que ocupaban D.^a Matilde de Gurrea y Rosita Saure.

Premio del Presidente de la Diputación provincial, al coche *Capricho*: un gran cesto tirado por dos ánades, adornado con dalias, girasoles, amaranto y siemprevivas, y ocupado por las señoritas Carmen Colomer, Consuelo y María Martínez e Isabel Sanmillán.



Coche del Círculo de Bellas Artes *Pavo real*, que obtuvo el premio del Infante D. Fernando

Premio del Comandante de Marina, al coche *Arte Valencia*: una alegoría de Valencia, en la que figuraban, entre otros elementos decorativos, dos tímboles, una lira y la Señera valenciana; en los tambores iban las señoritas Tina y Carmen Albert.

Premio de D. José de Prat, presidente de la subcomisión, al coche *Fantasia*: una quimera monumental, con el escudo de Valencia en la parte delantera; ocupaban el coche, adornado con dalias, girasoles, perpetua, geranios y manzanilla, D.^a Julia C. de Valladares, María Stehar Valladares y Consuelo y Angela Cancio.

Premio de la Sociedad de Agricultura, al coche *Taza de té*: adornado con dalias, claveles de distintos colores y ocupado por Conchita y Daria Faus y María y Fina Paredes.

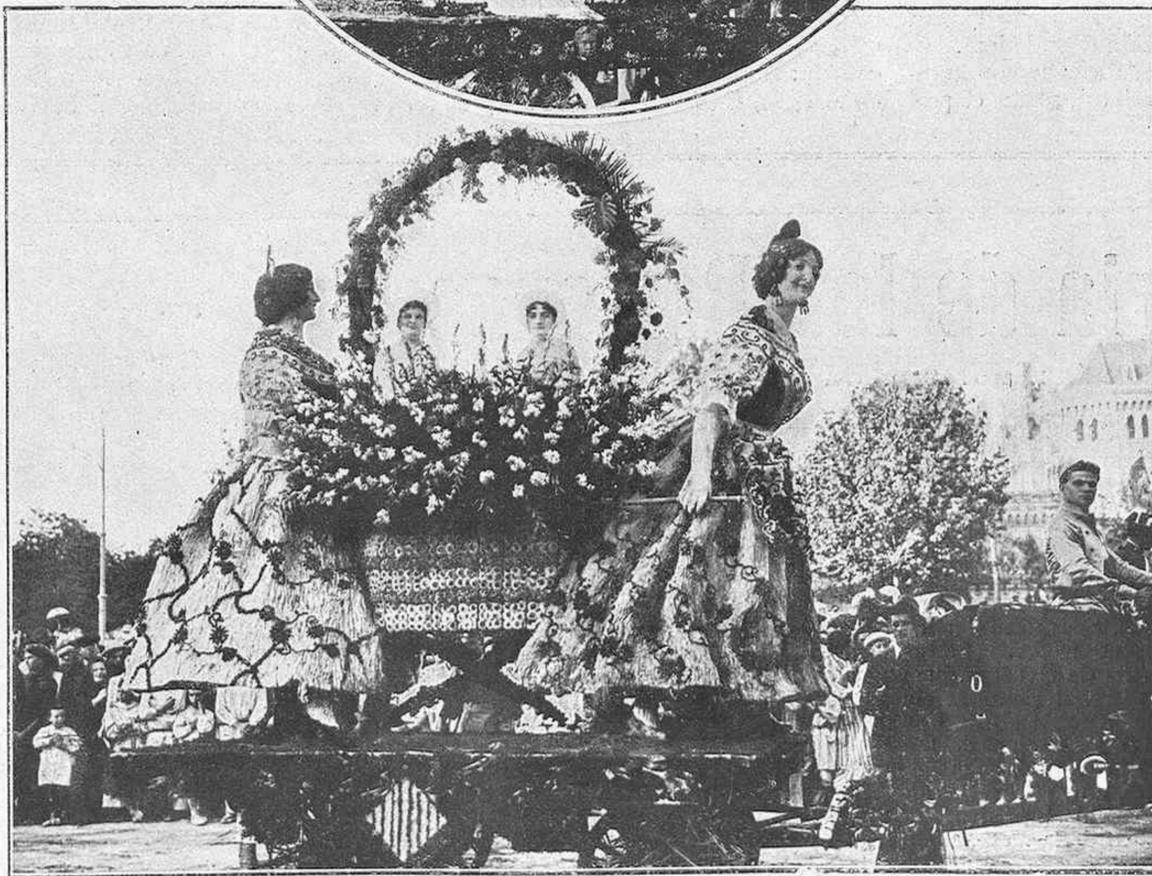
Premio del Ateneo Mercantil, al coche *Caja de cerillas*: una caja de cerillas de cinco céntimos formada con dalias, musgo, girasol, claveles y guardalobo; la caja estaba entreabierta y de dentro de ella salían los Sres. Viñes y Goerlich.

Premio del Círculo de Bellas Artes, al coche *Pipa*: una mujer árabe, y agarrada a uno de sus lados, una libélula, todo ello combinado con dalias, claveles, geranios y otras flores; ocupábanlo la popular artista la Goyita y Finita Arroyo.

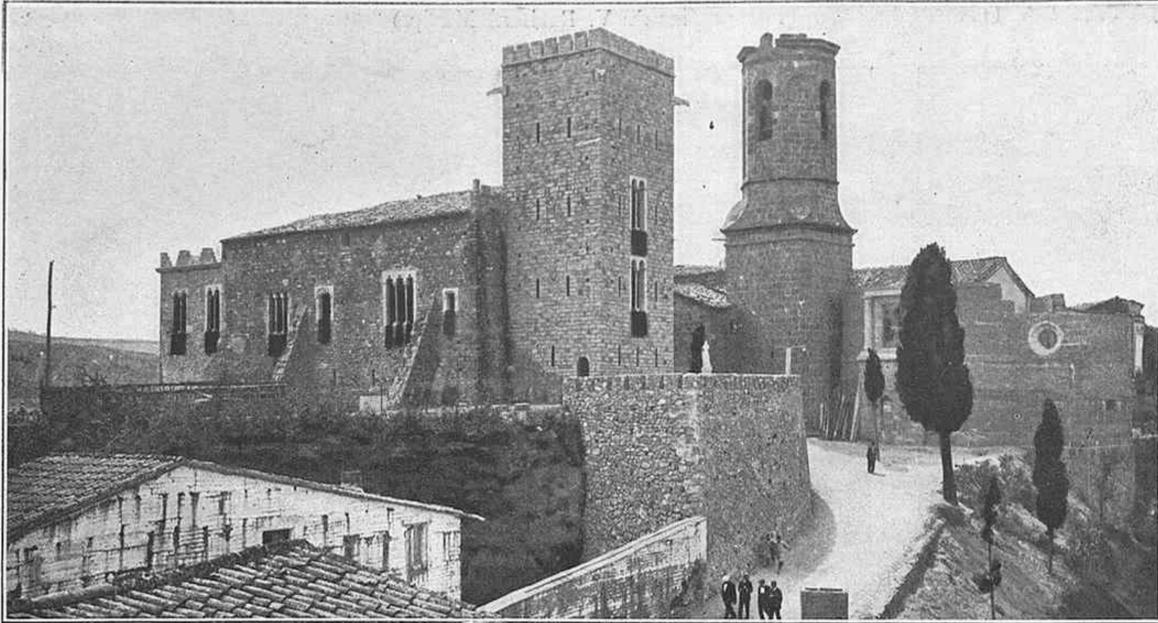
Premio de la Cámara de Comercio, al coche *Vacante*: un holandés fumando tranquilamente en pipa sentado al borde de un tambor; ocupaban el carruaje, en cuya confección se emplearon dalias rojas y blancas, claveles, perpetua, manzanilla y guardalobo, las señoritas Mariana Encina, Conchita y Julia Just y el señor Just.

Premio de la Cámara de la Propiedad, al coche *Elefante*: un elefante muy bien imitado, adornado con vistosos atalajes indios y una silla ocupada por las señoritas de Losas y Pierrá, y por la señora y señorita de Campos.

Premio extraordinario del barón de Cortés al coche *Gamo*: una góndola tirada por un cisne y ocupada por los Sres. De Diego, Montenegro y Prat.



Coche del Centro de los Hijos de Madrid *El oso y el madroño*, que obtuvo el premio del Capitán General
Coche del alcalde de Valencia Sr. Cuñat *Corbeille*, que obtuvo el premio del Gobernador Civil



El histórico castillo de Piera, cuya construcción data del siglo IX y que ha sido recientemente restaurado por su actual propietario D. Ramón M.^a de Viala y Aiguavives, barón de Almenar.

LA RESTAURACIÓN DEL CASTILLO DE PIERA

En un montículo que domina la villa de Piera alzáse un antiguo castillo cuya construcción data del siglo IX y que mandó edificar Wifredo el Velloso para asegurar su dominio sobre la comarca del alto Panadés.

El Rey D. Jaime el Conquistador hizolo restaurar más tarde, modificando el primitivo estilo romano en gótico y añadiéndole algunas defensas bajo cuyo amparo nació la villa de Piera.

El castillo, que en su origen se denominó de Fontanet, era el hospedaje de etapa de aquel gran monarca en los viajes que a menudo hacía desde Barcelona a Lérida y Zaragoza; y en él permaneció don Jaime una temporada cuando, después de la conquista de Mallorca, fué a hacer entrega de dos banderas tomadas a los sarracenos a la milagrosa imagen del Santo Cristo que en Piera se veneraba entonces y se venera todavía.

Cedido por D. Jaime a Guillermo Cercorts, junto con el feudo de San Jorge, el castillo pasó por sucesivas herencias a ser propiedad de la noble familia de los Viala, cuyo actual representante, D. Ramón M.^a de Viala y Aiguavives, barón de Almenar, gran amador de la tierra catalana que le vió nacer, ha realizado la alta empresa de restaurar aquella antigua mansión de reyes, en la que los siglos habían dejado sentir el peso de su acción demoledora.

La restauración ha sido llevada a cabo con grandísima inteligencia y singular acierto, según el pro-



El «Orfeó Pierenc» con la nueva *senyera* que le ha regalado el barón de Almenar y que ha sido bendecida con ocasión de las fiestas celebradas para solemnizar la restauración del castillo. (Fotografías de J. Brangulí.)

yecto y bajo la dirección del joven y notable arquitecto D. Sebastián M.^a Plaja.

El barón de Almenar quiso dar la debida solemnidad a la fiesta inaugural de la restauración, invitando a ella a distinguidas familias y personalidades.

Por la mañana celebróse un oficio en el que cantó el *Orfeó Pierenc* y ocupó la sagrada cátedra el Rdo. P. Francisco Ferrer, de la Orden de la Merced.

Terminado el oficio, el barón de Almenar abrió la puerta del castillo y el párroco de la villa, asistido de los vicarios, bendijo, con el ceremonial de rúbrica, la señorial mansión, en cuya fachada se ha colocado una lápida con la siguiente inscripción en catalán: «Este castillo palacio de los gloriosos Reyes de Aragón, Condes de Barcelona, fué restaurado el

mendando al orfeón que prosiguiese la gloriosa tarea que había emprendido. El Sr. Fonts, presidente del *Orfeó*, entregó al barón un artístico pergamino nombrándolo socio honorario, y otro a la señora de Ferrer, que había apadrinado la bendición de la *senyera*. El maestro Luis Millet alentó a los orfeonistas a continuar su obra patriótica.

El orfeón cantó bajo la dirección del Rdo. Padre Pedro Grau composiciones de Grau, Mas y Serracant, Cumellas, Morera, Borrás, Sancho Marraco, Lassus y Gounod.

Por la noche hubo un animado baile en los salones del castillo y en la plaza de armas.

Los barones de Almenar fueron objeto de las más entusiastas felicitaciones.

Historia de los Romanos

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

OBRA ESCRITA POR VÍCTOR DURUY

INDIVIDUO DEL INSTITUTO DE FRANCIA Y EXMINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN POR D. CECILIO NAVARRO

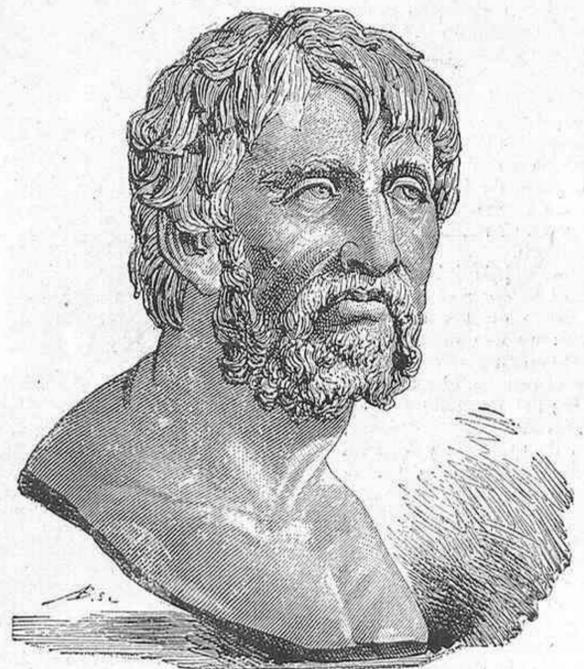
EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

No ha existido pueblo alguno en el mundo tan grande como el antiguo pueblo romano; grande en sus instituciones, en sus empresas, en sus hombres, en sus virtudes y hasta en sus vicios. Al lado de Roma todo es pequeño, raquítico, mezquino. Sus armas dominan el mundo conocido; sus legisladores dictan códigos que prevalecen aún en las naciones modernas más cultas; sus pectas cantan en dulces o en épicos versos que a todos sus sucesores han servido de modelo y que ninguno de ellos ha podido superar; sus artistas dejan tan sembrada de espléndidas manifestaciones la ciudad del Capitolio, que todos los bárbaros reunidos, y aun los mismos siglos, destructores más implacables todavía, no pudieron acabar con ellas. La influencia ejercida por el pueblo romano en los destinos del mundo subsiste a través del tiempo; el conocimiento de su historia es tan interesante hoy por hoy, como el día que tuvieron lugar los hechos en ella narrados.

Varios han sido los autores, muy respetables algunos de ellos, que han medido sus fuerzas escribiendo, bien la historia general de ese pueblo, bien alguno de sus períodos más importantes. Ninguno, empero, pudo satisfacer las exigencias de la crítica, hasta que Víctor Duruy ha realizado la ardua empresa a que tituló HISTORIA DE LOS ROMANOS.

Una obra de tan excepcional mérito merecía una edición digna de ella y creemos haberlo conseguido pues en el ramo de ilustraciones, tan esencial en publicaciones de esta índole para facilitar la inteligencia del texto, se publican verdaderas novedades copiadas de los principales museos de Europa.

Dos tomos en cuarto ricamente encuadernados, 34 pesetas.



SÉNECA, bronce existente en el Museo de Nápoles